



Lunes Revolución
Lunes de Revolución
Lunes Revolución

II CONCURSO HISPANO-AMERICANO DE LA CASA DE LAS AMERICAS

director: guillermo cabrera infante.
sub-director: pablo armando fernández.
director artístico: raúl martínez.
marzo 20, 1961.

NUMERO EXTRA



El Concurso Literario Hispano-americano celebrado por "La Casa de las Américas", es sin duda el acontecimiento cultural más importante en lo que va de año. Lo es por más de un concepto, pero podríamos decir que el hecho de que en el jurado participaran escritores e intelectuales de muy estimable valor dentro de la cultura hispanoamericana garantiza la calidad de las obras premiadas.

"Lunes" recoge como un anticipo a nuestros lectores, fragmentos de cada uno de los géneros literarios que se convocaron a Consurso. También solicitó de Ezequiel Martínez Estrada, José Bianco y Elvio Romero, hispanoamericanos que participaron en el jurado y que todavía se encuentran entre nosotros, sus opiniones sobre las obras.

Agradecemos a "La Casa de las Américas" que nos hayan confiado los textos que próximamente aparecerán publicados por la editorial de esta institución.

Celebramos con júbilo el gozo de los ganadores. Aspiramos a tenerlos entre nosotros como colaboradores y futuros visitantes de nuestra Revolución.

En la presencia de la Sra. Haydée Santamaría, Directora de la "Casa de las Américas", y de los miembros de los distintos jurados y de la prensa, fueron abiertos los sobres conteniendo los nombres de los ganadores en el Segundo Concurso Literario Hispanoamericano.

Los premiados fueron:

POESIA: **"La Frontera"**, de Roberto Ibáñez, uruguayo. (Por unanimidad).

NOVELA: **"Tierra Inerme"**, de Dora Alonso, cubana.

CUENTO: **"Pescador sin Fortuna"**, de Luis Díaz Chávez, hondureño.
(El jurado Guillermo Cabrera Infante estimó que el premio debia quedar desierto).

ENSAYO: **"Realidad y Perspectivas de la Revolución Cubana,** de Luis Emiro Valencia, colombiano.

TEATRO: **"El Pescado Indigesto"**, de Manuel Galich, guatemalteco.

Además de la selección de las obras premiadas, fueron recomendadas para su publicación, las siguientes:

POESIA: **"Los Compadres del Horizonte"**, de Armando Tejada Gómez, argentino.
"Memoria del Tiempo", de Raúl Leiva, guatemalteco.

NOVELA: La obra recomendada del jurado ha sido: **"El Cirujano de la Selva"**, de Manuel Zapata Olivella, colombiano.
El jurado José Bianco, por su parte, ha recomendado **"La Búsqueda"**, de Jaime Sarusky, cubano, **"La Sangre de los Buenos"**, de Fausto Masó, cubano.

CUENTO: **"Las Otras Puertas"**, de Abelardo Luis Castillo, argentino.
"Este Tiempo y el Otro", de José Soler Puig, cubano.
"Cuentos de Muerte y Libertad", de Manuel Zapata Olivella, colombiano.
"La Semilla", de Raúl González de Cascorro, cubano.

ENSAYO: **"La Revolución Antifeudal, Democrático-burguesa de México y el Carácter de la Revolución de 1910"**, de Josefina L. de Hernández, mexicana.
"Estímulo y Obstáculos para una Revolución de Contenido Social en Latinoamérica", de Gumersindo Martínez Amengual, cubano.
"Contribución al Estudio de los Aymara", de Alfonso Bouroncle Carreón, peruano.
"Temas Americanos", de José Humberto Velázquez, salvadoreño.
"Las Condiciones de la Mujer en El Salvador", de Liliam Jiménez, salvadoreña.
"Crecimiento y Progreso Social de los Pueblos Latinoamericanos", de Rodolfo Quintero, venezolano.
El jurado Ramiro Guerra, por su parte, ha recomendado **"La Humanización del Arte"**, de Guillermo Franco Alvarez, cubano.

TEATRO: **"La Viuda"**, de María Irene Fornés, cubana.
"La Paz en el Sombrero", de Gloria Parrado, cubana.
"El Robo del Cochino", de Abelardo Estorino, cubano.
"El Hoyo", de Antón Arrufat, cubano.

TIERRA INERME

¿Por qué hemos premiado Tierra inerme, la novela de Dora Alonso? Porque nos pareció, a José Rodríguez Feo y a mí, que integrábamos el jurado del Segundo Concurso Literario de la Casa de las Américas, una novela excelente. Nos pusimos inmediatamente de acuerdo sobre el fallo, a pesar de que no faltaban varias obras muy merecedoras de tomarse en cuenta. Pero en Tierra inerme hay una calidad entrañable, a la vez delicada y profunda, una verdad que se apodera del lector desde las primeras líneas, y después, a lo largo de doscientas y tantas páginas, se sostiene sin el menor desfallecimiento. No es un libro hecho de libros, sino un libro hecho de vida, de experiencia de la vida. ¡Qué amor a la noble y postergada patria cubana! ¡Qué amor a los humildes! ¡Qué feliz evocación de la desgracia! Al terminar de leerlo, queda uno acongojado y consolado. Una desgracia sentida con tanta acuidad, expresada con tanta dignidad literaria, tenía que ser necesariamente fecunda, tenía por fuerza que templar el ánimo de quienes la padecieron, ayudar a sobrellevarla, a luchar contra ella y salir de ella. A vencerla. La Revolución lo ha probado.

Con José Rodríguez Feo hicimos algunas conjeturas sobre la identidad de su autor. Nos asombraba su frescura y su madurez, su íntimo conocimiento de la vida campesina. ¿Sería un joven? A los jóvenes les gusta hablar de sí mismos, confesarse (la modestia suele estar reñida con la excesiva juventud), y el autor de Tierra inerme es un autor pudoroso y modesto; cree en la realidad de los personajes que describe; ante ellos, se borra por completo. A los jóvenes les gusta lucir lo que saben. El autor de Tierra inerme nunca piensa por abstracciones, por razonamientos, sino por imágenes. Por último, tanto a Rodríguez Feo como a mí nos asombraba el oficio del autor de Tierra inerme, ese buen oficio que consiste en disimularlo. Se hubiera dicho el primer libro de un autor que ha escrito mucho y no quiso publicar sus libros anteriores.

Nuestras conjeturas no resultaron del todo infundadas. Dora Alonso, a quien he conocido ayer, ha escrito mucho (cuentos, crónicas, piezas para radio-teatro) pero Tierra inerme es su primera novela. Más aún: hace pocos meses le ofrecieron de Puerto Rico 10,000 dólares para adaptar a la televisión cuatro de sus obras radiales. Dora Alonso rechazó el ofrecimiento. Aunque no desdeña en modo alguno su trabajo, con el cual se gana decorosamente la vida, estaba entregada a una labor exclusivamente literaria y no quería que aquel trabajo perturbara esta nueva labor. No sé qué edad puede tener Dora Alonso. Es joven, pero no demasiado joven. Representa unos treinta y tantos años. Tiene, sí, unos ojos azules muy penetrantes y una sonrisa encantadora. Es culta y nada libresca. Respira bonhomía, inteligencia, sanidad física y moral. Es hija de campesinos (ha nacido en Recreo, hoy Máximo Gómez, en la provincia de Matanzas) y adora a los campesinos. Si por ella fuera, viviría siempre en el campo.

—Dora Alonso —exclamo al despedirme—, es ridículo que yo, un desconocido jurado extranjero, presente a una figura bien conocida en el mundo cubano de las letras. Nadie mejor que usted, que tiene tanto talento, para hablar de sí misma. ¿Qué puedo decir sobre usted a los lectores de REVOLUCION?

—Dígales —me contesta riendo— algo cierto, aunque parezca absurdo. Dígales que por mis venas no corre sangre sino savia de la tierra. De la tierra cubana.

JOSE BIANCO

LA GENTE DE ARBOLEDA

CAPITULO 1

El pie colgaba dormido del borde de la hamaca. Un pie grande como de madera muy usada, o de hombre que camina descalzo sobre tierra ajena. Por eso la planta era dura y pareja y amarilenta, con dedos espurreados. Las cinco uñas, de negro borde, las venas llenas y endurecidas. Los músculos de la pierna formaban nudos con la carne. El dueño de la pierna y del pie, era Andrés Peréz, trabajador.

Había buen sol, que empezaba a nublarse aquella tarde; pero el hombre no se enteraba. Se había echado en la hamaca de saco de yute, tirándose el yarey sobre el rostro barbudo en un total abandono de todo el cuerpo dormido y resollador. Arriba la sombra del aguacate se desmelenaba con el viento que empezaba a correr.

Allí cerca, la bestia del peón, ramoneando yerbajos, todavía con la montura encima, que era un salidero de cordeles, una mueca de cuero viejo acomodado sobre el lomo llagado. Los golpes de la cola eran como golpes de guisasos, y el ojo grande estaba lleno de legañas como perlas donde las guasasas camina. baban, haciéndole parpadear. Una yegua oscura, mansa. El hambre y la espuela, se revelaban en los flacos ijares marcados de antiguas sangres encostradas.

Quien mirara la redonda pupila del animal cansado, viera ya, copiándose, la maraña del naranjal, el camino bajo el sol. Y más chiquita y más adentro, la silueta de una mujer que venía bajo los frutales paridos.

Ella cruzó por detrás del animal sin miedo a los cascos humildes, acercándose al hombre que dormía en la hamaca. Y le remeció con fuerza, llamándole:

—Andrés, Andrés... ¡pero Andrés!

El cuerpo grande y quemado de soles se revolvió un poco y una mano de guataca y garabato, o de ján, rodó el sombrero de guano lo suficiente para asomar un ojo soñoliento, una barba de diez días, un bostezo abierto en molares y caninos con agua de saliva. Al cerrar la boca todavía miraba a la mujer, rascándose los pelos copiosos y húmedos de sudor.

—¡Si acabarás! Levántate, vamos... Dime si hoy había algo para mí en el correo del pueblo.

Luchando con la luz que se le metía en destellos por los párpados fruncidos, se sentaba dejando colgar las dos piernas, estiraba los brazos por detras de la cabeza desgreñada, desperezándose y torciéndose.

—¡Pareces un gusano!

Echándose a tierra mientras la hamaca se mecía sólo con el vaivén, decía que no. Que no había carta. Que había ido al pueblo, pero que tampoco hoy...

Quedaba lacia. Y la burlaban:

—Ve encendiendo otra vela, que ya ésa se te está apagando.

Cuando ella se achicó nuevamente alejándose en la pupila de la yegua amarrada, Andrés montó el animal y clavando los talones sobre los ijares, salió al trote bajo el naranjal.

Ernestina caminaba sobre el trillo lleno de hojas muertas que se le pegaban a los pasos. Iba como tragándose aquella tristeza repetida de la frustración. Arriba, cercanas, las palmas reales movían sus dedos verdes entre el viento, goteando palmiches maduros y las nubes plomizas se iban cerrando. Llegaba a la casa. Casa de sitiero llena de cal y de muebles viejos. Rica realmente comparándola con los bohíos de lluvia y derrumbe de los trabajadores a jornal, que se regaban por las cercanías.

Daba vueltas en el silencio de la hora y de la vivienda vacía. Parándose frente al tinajero, sirvió el agua en el vaso desde la tinaja humedecida de sombra y gota. Tomó sin sed, por hacer algo. Luego la tarde fue entrando más y más y ella devanó sus menudos quehaceres esperando no sabía qué cosa distinta cada minuto de los que pasaban cargados de sinsontes, de frutas maduras, de arboleda y de ladridos y voces llenas de trillos y guardarrayas. Cuando el sol se fue, redobló el carburo sordamente y la luz de metal parpadeó y silbó por los huecos de los quemadores. A través de aquellos relámpagos enanos llegó el tío. Luego llegaron los primos. Hubo ruido de taburetes movidos cuando se sentaban a la mesa. Y en la mesa se lo dijo el viejo:

—Ernestina, antes que otro venga con la noticia...

En el acto, a tientas dentro de ella, fue a chocar con algo que de súbito resucitaba y esplendía. El ánima se le agazapaba ante el amago de la verdad y la carne se amedrentó en reflejo: se le encorvó el cuerpo; le temblaron las manos. Las apretó una contra la otra sobre el mantel a cuadros rojos y blancos que mostraba pequeñas manchas de grasa, incrustando los ojos en el vaso rebosante que delante tenía, mirando, agrandada por la refracción, la inicial de su nombre que marcaba el fondo de grueso vidrio barato. La E se alargaba, crecía, para después regarse en círculos brillantes que le dolían los ojos.

—...me lo dijeron esta tarde, en el pueblo. Enrique se casó.

Dejó asomar una respuesta, tirando de su pena como de propia brida, tercamente, a pulso:

—¿Sí? Eso era de esperarse, tío Clemente.

Lo dijo y luego miró a los primos, ansiosa por sorprenderles algún gesto. Pero ellos, Carmelo y José, también parecían mirar los cuadros del mantel. Disimulaban con los cubiertos y los platos.

Separándose del taburete de cuero blanqueado, avivó la luz del carburo haciendo girar la llave del quemador. La llama azul saltó, esparciendo un olor penetrante; un resuello de fuego que espantó la sombra confiada del perro. Guiñaba los ojos amarillentos, alzando un poco la cabezota, suspirando luego y enroscándose de nuevo.

Ella no ignoraba que la estaban sintiendo sufrir y quiso defenderse de lástimas o de miradas, en un esfuerzo que entendía inútil, hablando y hablando, dando vueltas y hablando...

Se aprovechó del aullido del perro jíbaro. Mientras los hombres buscaban la escopeta para velar por los terneros, Ernestina se fue adentro, se echó en la cama. Toda se echó en ella, como a un río.

2

La luz puja y debate, desgarrando, avanzando como el primer día de la creación. Su temblor recién nacido se arrastra con fuerza de sueño sobre el mundo. Un mundo verde de mil verdes donde los palmares se pegan en la bruma que humea y se parte, deshilachada, desvaneciente...

Clemente Muñoz se adelantaba al sol. Cada mañana se le adelantaba desde hacía tantos años como arrugas tenía. Su único ojo de viejo tuerto se aguaba alegre en cada amanecer sobre su tierra. Su pequeña tierra. Suya desde las raíces, y en los animales y los pájaros. Del sudor agrio que dejó sobre ella a la semilla que se alzó en fruto o se perdió en esfuerzo inútil.

Clemente Muñoz, criollo por los cuatro costados. Nacido y criado allí, en Arboleda, como su padre y su abuelo. Cuando tenía sus dos ojos sanos, de niño, antes que un golpe de tarramenta le vaciara el izquierdo, vio con visión completa el mismo techo de teja y guano que seguiría contemplando con su pupila huérfana. La casa, en un cerco de naranjales, de palmas, de platanales, de tablas de yuca y maíz y campanillas moradas de boniato rastrero. Por allá, una lagunita rodeada de guayabales. Un potrero. Una cejita de monte. Diez caballerías de tierra era la finca.

De abuelo isleño de Canarias le llegó la posesión. Una historia de afán que enredaba raíces y músculos en una misma presencia incansable. Cada terrón y cada mata de Arboleda podía contar la vida de varias generaciones afirmados en su puñado de tierra colorada. Y Clemente, varón último, quedó solo en la juventud, cuidando a una hermana menor. Brígida creció consentida por él. Cuando se le casó con el mecánico Domínguez, Felo Domínguez, que se la llevó a La Habana. Clemente se echó novia y se casó también. Se casó con Panchita Torres, que resultó mujer capaz de soportar con buen ánimo cada revés junto al marido trabajador. Panchita era risueña y amoldable en su absoluta falta de carácter que le procuraba el mínimo de responsabilidades. Todo lo dejaba, lo entregaba a los brazos trabajadores del marido, llenándolo, a cambio, de su parloteo, su risa, su cuerpo joven y duro y oloroso a piña y a jazmín del cabo.

Al año de casados nacía José. Un parto fácil entre cantos de gallos y caldos de gallina y visitas y ofrecimientos de la nueva criatura campesina. El hombre duplicó su afán sobre los surcos, amaneciendo con el sol y pegándose firmemente al trajín agotador, mientras que la madre agregaba ropitas de canastillas a las tendederas de cada lunes. Los dos sonreían, se amaban, trabajaban. Y arriba el sol, o las estrellas. Todos los días. Año y año, todos los días.

Sin embargo, dentro de la plácida felicidad, un punto negro: los suegros. Si de algo adolecía el dueño de Arboleda era de escasa paciencia. Y Doña Gloria, la gorda isleña que no perdía momento para lamentaciones al oído de la sensible hija, y que parecía siempre dispuesta a cobrar hospedaje forzoso de los nueve meses de vida intranterina; y don Ramón, aquel grandísimo haragán que recostaba al empuje de la canaria, no calcularon bien el justo medio del equilibrio y la bondad del yerno, que no era rico, pero contaba con tierra propia en tierras de compañía yanqui. Asistida, velada en cada árbol y cada piedra, rendía bastante para atraer a los parientes, que acudían golosos al colmenar de la familia. Si no hubiera sido por Panchita...! Pero ella era un solo largo llanto cuando Clemente se desbordaba, cansado:

—Esto tiene que acabarse. Si quieren vaca, que la compren. Y si no tienen dinero, que trabajen, que a mi no me cae del cielo.

Ella andaba unos días afligida, soltando lágrimas. Si acaso, apuntando soluciones que en su egoísmo de hija entendía justas:

—Si quisieras dejarlos vivir con nosotros... ¿Cómo puedo estar tranquila sabiendo que pasan necesidades?

Por entonces las cartas de Brígida contaban de su alumbramiento. Tenía una niña, Ernestina, "la cara del padre; de nosotros sacó sólo los ojos negros y pestañas rizadas". Clemente se conmovió tanto como al nacer José. Veia a la hermana muy de tarde en tarde. El viaje resultaba largo y dificultoso. Su trabajo de hombre de campo amarrado al surco y a las nubes en un continuo afán, y su misma tímida condición de guajiro a quien La Habana le asustaba un poco en sus trajines y sus gestos, hacían muy largas las ausencias entre uno y otro encuentro. Y por la otra parte, el mecánico Domínguez bastante tenía con sacar a empujes con el salario obrero su hogar de pobre, para pensar en viajes que resultaban caros. Unicamente por las fiestas de Semana Santa y Nochebuena llegaban los deseados encuentros de los hermanos. Y como el cariño siempre viste de nuevo lo habitual, Arboleda parecía hermosearse en cada palma real y en el brillo de los retoños. Y hasta la loca música arbitraria y gloriosa de los sinsontes resonaba más entre la luz de los amaneceres.

Clemente y Brígida, reunidos por breve tiempo, gozaban todas las emociones del encuentro. Ella miraba con cariño cada hierbajo, cada rincón de la ceja de monte, los bordes húmedos de la laguna donde surgían los carapachos muertos de los pi-

chones de jicoteas, como piedrecitas labradas. Lo miraban todo con una mirada que era al mismo tiempo su ayer, indagando por cada detalle de su recuerdo, por cada cosa que había sido.

Caminaban todos los trillos, sin cansarse de hablar. Clemente sonreía el día entero. Y cuando llegaba el momento de la despedida, siempre había lágrimas en los ojos de Brígida, y durante unos días Panchita Torres no conseguía borrar con la luz de sus besos aquella niebla fina que ausentaba los ojos del marido.

3

Cuando nació Carmelo, la madre le entregó gran parte de su salud. Aquel muchacho risueño como ella, vivo y gracioso como ella, vino a quitarle su brillo de mujer, marchitándola. Quedó enferma del parto; pero mirándolo crecer y alegrar con su chispa, su sangre, se sintió vivir a través del muchacho y en la seguridad con que todo el mundo lo celebraba:

—¡Pero, qué niño más bonito!... Igualito a la madre.

Panchita amó a su hijo menor con un cariño egoista y cerrado, que le dolía a José en sus ocho años inermes. Pero José era el padre, como Carmelo era la madre. Por eso no fue niño para protestar ni pedir. Pero se pegó a Clemente tratando de resolver de aquel modo sus temores, sus celos y su defraudación. Se entendieron ellos sin hablar. La mano dura cubierta de callos, acariciaba la cabecita humillada, y los ojos inocentes, grandes y húmedos devolvían y reconocían la caricia. El niño quedaba tranquilo y la mano aquella no abandonaba el gesto que alisaba cabellos y pensamientos.

Fue la segunda nube sobre la casa. Clemente Muñoz vio claro en el involuntario despego de su mujer con el hijo mayor, pero no encontraba modo de remediar las cosas. Entonces una mala semilla pequeñita y punzante se regó entre ellos. Las inclinaciones de cada quien se afirmaron, dividiéndolos un poco en el fondo.

El amor de los padres culminó privilegios. Y todo aquello tan secreto y tan claro al final separó a los hermanos.

4

La sombra del perro y de la muchacha van caminando delante, aplastada contra el trillo bordeado de espuelas de caballero, que apunta flores de oro duras y húmedas contra las piernas trigueñas. La mañana huele a raíces y a nota de aromales.

Dos pechos que saltan, van apuntando a la mañana como dos índices de fruta en un temblor chiquito y duro. Dieciséis años los mantienen, con la sonrisa y la sangre llena de retoño. Ella los levanta del camastro roto donde se aplastan cada noche cuando duerme boca abajo en gesto todavía de niñez. Cada uno sube, elástico, cuando se estira y bosteza y se rasca entre el pelo sedoso y sudado. Y después cuando se tira al piso de tierra, buscando sin mirar el nido viejo de los zapatos enfangados. Eso en su casa, en el batey mugriento de los peones. Cerca de su padre que ronca y escupe y parece un muerto amarillo dentro del hueco sucio de la hamaca. Ella ve siempre aquel costillar de esqueleto formando canjilones y el matorral del sexo asomando a trozos por los trapos rotos que descubren al viejo en su vergüenza.

Ella se llama Chacha Vera desde que puede recordar, cuando ya barría con escoba de palmiche más grande que ella la tierra polvorienta de junto al casucho donde hozaban los puercos criollos, flacos como huesos y de trompa larga y vibrátil. Los pelos lacios y sucios le tapaban los ojos a la niñita de Andrea, la mujer de Venancio, que miraba entre ellos con dos pupilas grandes y húmedas donde parecían volar lentas mariposas de asombro.

Chacha se criaba entre la miseria, los gritos, y el vecindario parecido que arrastraba la vida sobre tierra de otros, estirando el hambre cada vez más, como una soga que acercara la muerte a cada casa chata cubierta de pelos de guano, a cada cosa que se moviera...

Recordaba a su padre como una maldición y un golpe. Uno detrás del otro. Desde que estaba en los brazos de su madre enclenque y resignada, que recibía los empellones del marido tratando de apartarle el cuerpo de la niña.

Siempre moscas que se pegaban, odiosas y obstinadas, en los ojitos de tracoma y de pus mientras allí cerca se apareaban las bestias y morían y nacían los animales y los hombres. Batey de Santa Rita. Era en el batey de Santa Rita. Todavía estaba ella en el mismo lugar.

Como Andrea le había enseñado el único camino para matarse el hambre, diariamente había ido a la casa de Clemente Muñoz, a servir de criada. Había echado el cuerpo en los trillos que morían en la casa del sitiero. De madre cocinera, lavandera, la hija fregó taburetes y cargó agua del hondo pozo, tirando de la soga que remataba en una lata pesada y chorreante. Los bracitos delgados se ponían tensos en el esfuerzo; el pecho se partía. Después la costumbre los puso de veras capaces de todo aquello.

La chiquilla lista, alegre y flacucha, con piernas comidas de ronchas y de mugre, siempre tirando de la saya escurrida de Andrea, ya ganaba la comida que le daban en Arboleda. Panchita Torres la vestía con todo lo que le sobraba o le quedaba viejo y Chacha aprendía a ser reconocida en las alabanzas humildes y serviles de su madre.

La recordaba entre montañas de ropa sucia, ropa dura de hombre, encostrada de tierra que había que sacar a brazo y cepillo entre ahogos de calor. Eran camisas azules, pantalones de dril, ropa de pelea diaria que iba cayendo en muerte simulada de piernas abiertas, de mangas lacias, sobre el montón ocre y agrio de sudores que se iba apilando: sábanas, fundas, más sábanas...

En esos menesteres fue creciendo. Le apuntaron, hinchados, los pechitos. Le llegó el sobresalto de su primera regla en un llanto asustado que la madre burló, ignorante, sin poder explicarle nada sino que así era siempre y que no llorara.

A Chacha se le prendió el camino de Arboleda a los pies, como zapato diario... Le crecieron bejucos de necesidad y de hábito. Murió Panchita; ella lloró, y al otro día hizo el camino, limpiándose las lágrimas que se le secaron con el sol. Luego murió Andrea y volvió a llorar, pero no abandonó ni el trillo ni el trabajo. Le llamaba "Padrino" al viejo sitiero. Le cuidaba el hogar en la ingenua cosa de entenderlo suyo en cierto modo, con amor, con respeto. Sin pensarlo.

—Buenos días, Padrino.

—Hola, Chacha.

El viejo la ve entrar en la cocina y sabe que alzará el ventanuco de párpado mientras sus brazos firmes clavan el sostén de madera, como un asta, en el gastado marco.

Los ruidos de la casa no están despiertos todavía. José apenas se siente al caminar, al moverse. Lo tiene al lado y no lo advierte.

—Café, Chacha. Y llévale a Ernestina.

Pero Carmelo sí se anuncia y le sale al encuentro con pasos que ella siempre reconoce:

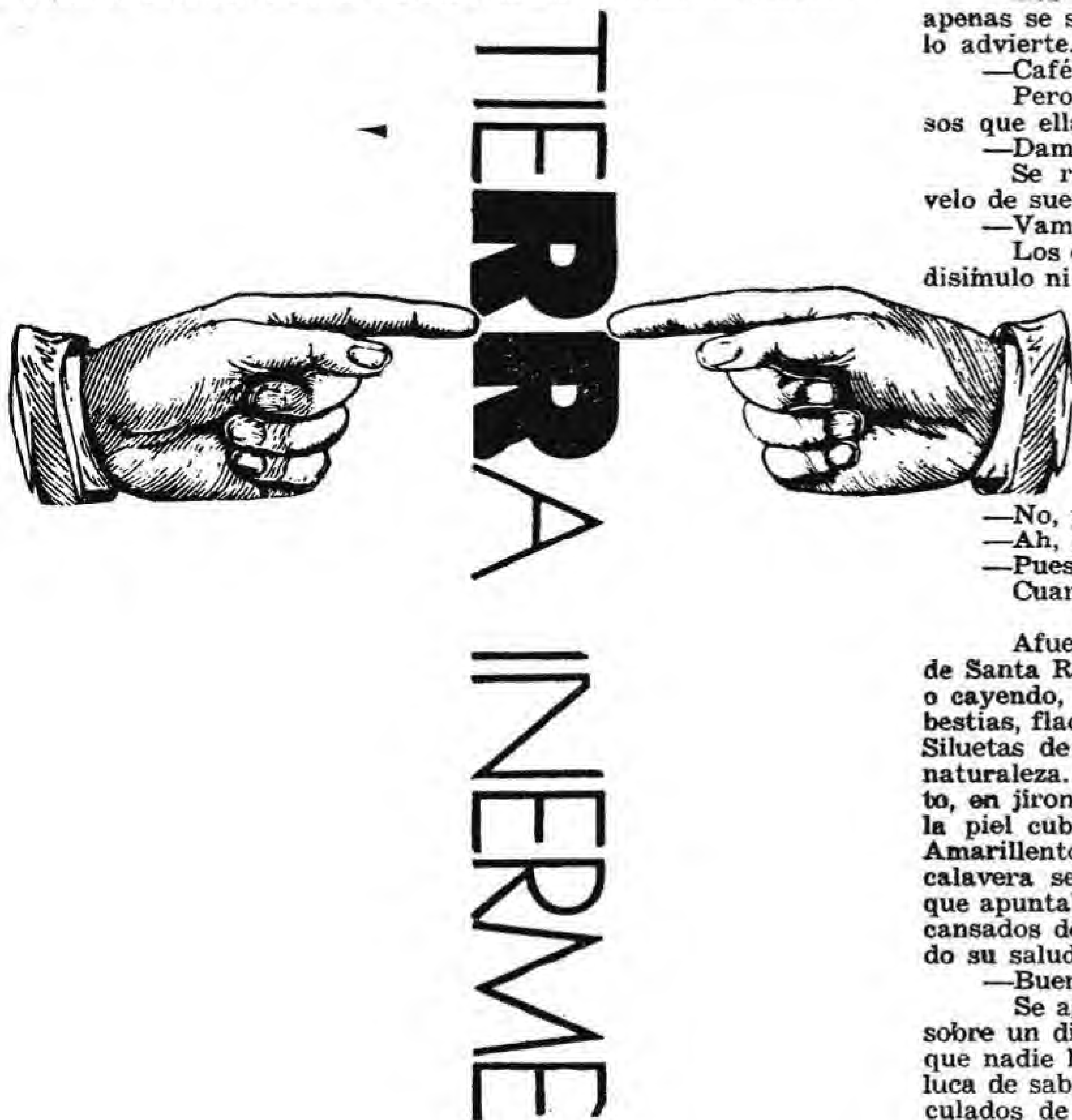
—Dame ese café, china...

Se ríe, esquivando el cuerpo. Y después, levantando el velo de sueño de un mosquitero, es ella la que se deja sentir.

—Vamos, Ernestina, despiértate!

Los ojos se esconden en la hinchazón de los párpados, sin disimulo ni confidencia.

—¿Te pasó algo? ¿Lloraste?



DORA ALONSO (cubana)

—No, yo no.

—Ah, pues parece...

—Pues te parece mal. Toma la taza. Me voy a levantar.

Cuando lo hizo pareció que arrastraba un cadáver.

5

Afuera, llegaban los hombres de la tierra, desde el batey de Santa Rita. Venían al trabajo sobre suelas de paso y fango, o cayendo, maduros de harapos, desde los huesos de las malas bestias, flacas como espinas y traqueando a cada golpe de casco. Siluetas de única traza, resalta su miseria sobre el lujo de la naturaleza. Son sus ropas que penden como banderas sin viento, en jirones y agresivo sudor de meses. Sudor que reabsorbía la piel cubierta de vello negro, la axila profusa y empapada. Amarillentos, de un color entre amarillo y trigueño, como de calavera semi enterrada. Enfermizos, envejecidos, con barbas que apuntaban en cañones gruesos, con arrugas junto a los ojos cansados de sol. Llegaban por los trillos, puntualmente, diciendo su saludo idéntico y maquinal:

—Buenos días... buenos días...

Se agrupan, se desbandan dos pasos aquí, allá. Son nada sobre un día que comienza. Nacieron de la tierra, raíces de las que nadie habla y que apenas asoman sobre la semilla, en peluca de sabanazo malo. Descalzos o casi, con aquellos cueros reculados de los viejos zapatos; riendo con cansancio, sin san-

gre ni ánimo. En cuclillas, en montón de miseria resignada, apoyándose en los cabos de las guatacas; engurruñando los párpados de órbita sucia y torciendo en palabras la boca desdentada o llena de caries lentas.

Justo Zaldívar, que tiene el estómago ulcerado y los bolsillos llenos de polvo de magnesia que se traga a puñados sobre el surco donde debía el espinazo enteco. Justo, que seguirá con sus úlceras atormentadas más y más abiertas en una floración secreta por donde largará la vida.

Y Emilio López, que apagando candela en los cañaverales se quemó un ojo. Le quedó llaga llorosa como gota de incendio. Detrás de Emilio, vienen los hijos, dos o tres; los medianos. Encogidos y sucios, largos como ariques, husmeando el suelo de las arboledas por disputarle festín de fruta podrida a las gallinas o los puercos. Con el vacío saquito pordiosero al hombro, el sombrero de guano tumbándole la mirada huidiza, un pescuezo de tubo color de serrín, y los dedos prontos y áridos y las costillas asomando en un hueco de hambre donde se anuda el cordel para sostener una hombría de pantalones rotos. Alguna vez, los hijos de Emilio roban nidos a las gallinas jíbaras. O un racimo de plátanos. Por usar los dientes como cuchillo, tienen boqueras dolorosas, ardientes, donde se posan las guasasas.

Y está Luis Medina; un cuerpo lleno de parásitos. Medina se ríe siempre. De todo le queda un solo diente que se acaricia con una lengua reiterada, en lamentón lento. Floro el carretero, hijo de isleños de Canarias. Es un toro. Un padrote. Tres mujeres tuvo. A una la mató entre el catre, el fogón y los partos. A las otras haciéndoles diez hijos.

Mezclados; entremezclados, ya con pinta y traza de lo que van a ser después, los más jóvenes, los que todavía tienen algo que estrenar o esperar, bullen y hablan y manotean luciendo las dentaduras sanas, las pantorrillas musculosas, las espaldas duras y prietas, de color de canela. Canela de resoles que les maduró en la piel, y que asoma por los huecos de la camisa: Félix, Toribio, Cheo, Jesús...

Andrés llega también. Como todos, descalzo de pie y piernas. Y hundida la cabeza en el sombrero de fibra vegetal que tiene las mil formas de los mil aguaceros que ya soportó. Entre los demás hombres, Andrés destaca su alboroto y su risa. Algunos lo ven acercarse con ese estado de ánimo con que los tímidos temen y envidian la desfachatez un poco agresiva de los decididos y los inconscientes.

Andrés Pérez que nació en los alrededores de la finca del viejo Muñoz, que se crió en Arboleda, trabajando, ya es un poco ese tipo especial y lastimoso del amigo sin plata que cambió vida por confianza con los dueños del trabajo. A este Andrés se le toleran cosas y dichos que nadie más se atreve sino bajando la voz y riendo fino.

Ya era grandote cuando la sobrina del viejo Muñoz era una niña que visitaba el campo. Se acostumbraron uno al otro. Nadie como Andrés para contarle cuentos absurdos y encantadores. Cuentos de lechuzas que hablan; relatos de bichos de monte, de aparecidos. O para enseñarle el pecado maravilloso de robar nidos a los sinsontes y que ella pudiera ver aquellos animalejos que piaban abriendo una bocaza como partida en dos, enseñando el gaznate fino como una oblea donde deglutian de un solo golpe las migas de harina con huevo que ella preparaba ante la tolerancia absoluta de don Clemente, que la adoraba.

Anualmente, a petición del tío encariñado, "ya que no puedes venir tú, mándame a Ernestina para que tome aire y sol. En esa Habana los muchachos se crían jipatos" —Brígida disponía los cuatro trapitos de la hija única que saltaba de gozo, feliz de volver al mundo abierto de Arboleda desde su infancia de criatura de ciudad y gente pobre, obligada a los ahogos de hollín y la estrecha miseria de las cuatro paredes del cuarto en que vivían.

Siempre encontraba a Andrés en cada uno de los viajes. Se llevaban muy bien. Ignorante y servicial, burlón y sano, Andrés no tenía conciencia de su existir. Bebía, comía, siempre alegre, y, más que alegre inconsciente; trabajaba como un buey sin abandonar su animación, su regocijo perenne, su gritería, sus desplantes. Tuvo dos hermanas: Eugenia y Rufina.

Eugenia, una mujeruca ignorante, supersticiosa, abandonada hasta dejar podrir en la batea los trapos de los hijos pequeños. Una infeliz. Nadie sintió su muerte, ni el marido apenas, ni los tres o cuatro hijos pequeños. Nadie tampoco recordaba de qué mal había acabado. Algunos hasta pensaban que alguna costra le había envenenado la sangre escasa. Peor aún: había muerto y era como si estuviera viva todavía: lo mismo daba. Así fue la pobre de poquita cosa en el mundo. La otra: Rufina, la Nena, pero únicamente la conocían por su nombre los dos novios que consiguió. El primero, un maquinista del tren de viajeros que hacía itinerarios fijos entre Cárdenas y Colón, pasando por Recreo. La Nena vivía en ese pueblo, sirviendo en la casa de unos parientes. Como la casa quedaba junto a la línea del ferrocarril, a fuerza de asomarse a ver cruzar el tren y de hacerle visajes al maquinista, la Nena sacó el novio. Y como no sabía escribir, acudía a las jovencitas de la familia de la casa donde trabajaba para que le hicieran las cartas amorosas. Cartas en que las adolescentes estrenaban la cursilería más desenfrenada sirviéndose a sí mismas, a sus primeros ensayos de amor. La Nena, finalmente, al no poder alcanzar al maquinista del tren de las cuatro y media, se quedó con un retranquero de un tren de carga, que se llamaba Pascual Pérez. Un buen hombre, medio cojo, pero fuerte y joven y hasta de buena cara. Las cartas del retranquero hacían doblarse de risa a las mismas adolescentes que seguían fungiendo de amanuenses de la Nena, porque en apasionada despedida que el hombre estimaba de mucho efecto, terminaba sus cartas en estilo de total entrega, firmando así: "Pascual Pérez de la Nena Pérez".

Pascual Pérez, como prueba de amor, exigió la entrega de la Nena. Ella, accedió. Sólo estuvo una vez con él, y de esa vez quedó embarazada. Pero el retranquero cumplió casándose y haciéndole un montón de hijos más. Como la anónima Eugenia, la menos anónima Nena murió también y de lo mismo: de miseria. Y el retranquero. Andrés se trajo a los sobrinos, compartiendo su propia hambre grande, y la de su mujer y sus ocho hijos, con el hambre chiquita de los huérfanos de la hermana.

Aquel hombrote generoso y bruto, siempre fue amigo y aliado de la sobrina de Clemente Muñoz. Se mostraba paciente y complaciente con ella. Entonces era un mocetón soltero de diez y ocho años y no tenía la carga de los hijos que le cayó después, disponiendo tiempo para entretener a la chiquilla flacucha y lista que cada año venía de aquella Habana grande y desconocida, que a él le parecía una cosa imposible de adivinar. Nunca había visto más caserío que el pueblo de Recreo, y en breve visión de horas, la ciudad de Cárdenas. Por eso no se cansaba de preguntarle mil cosas de la lejana capital. Ernestina unas veces contestaba bien, y otras, como no sabía, inventaba, pasmando mucho más la crédula e ingenua curiosidad de Andrés.

Para ella, para la muchachita que venía de la gran ciudad, él derrochaba payasadas y cuentos locos y graciosos que la hacían reír regocijada y anudar la familiar confianza cariñosa.

El tiempo no les varió el afecto a ninguno de los dos. Ella se hizo una muchacha. Y Andrés, viéndola en mujer, siguió tratándola con su confianza abierta y chabacana:

—Para mí, sigues siendo la chiquita flaca que se meaba de miedo en la guardarraya, cuando yo le decía que salían muertos... ¿te acuerdas?

—Pero ahora no me pidas cuentos que el tiempo no me alcanza. Mis ocho hijos me comen por las patas...

—¡Ay, bárbaro! Vergüenza te debiera dar. Con esa miseria es criminal traer hijos al mundo. ¿Nadie te hizo entender eso todavía?

Andrés la miraba con burla y rústica malicia. No podía entenderla. Ni él, ni ninguno de los hombres y mujeres que también compartían la misma suerte, multiplicándose inconscientemente, ciegamente, en la tierra adentro.

Por eso Andrés alzaba los hombros en gesto de burla y despreocupación, aprovechando las palabras de su amiga nada más que para su sencilla malicia:

—No seas boba, muchacha... ¿Qué sabes tú lo que es bueno? Cuando te los fabriquen, ¡ya verás...!

María, la mujer de Andrés, una pinareña de pómulos salientes y enormes ojos pardos y humildes, tampoco podía resolver sola aquella ardua cuestión de los muchos hijos. Quien no estuviera en la verdad repetida del campesinado, creería que ella estaba embarazada del mismo hijo durante años, porque jamás llevó desocupado el vientre mísero donde la semilla del compañero germinaba en cosechas que no se interrumpían. Lo normal era verla con un chiquillo flacucho y mocoso en los brazos, envuelto en trapos sucios como el mismo crío, mientras dos o tres más, descalzos, con la barriga hinchada, sucios de churre y encueros, se le agarraban a la falda en desnivel que ya anunciaba otro parto.

María no se reía como Andrés, cuando escuchaba a la sobrina de don Clemente. Ella, quién sabe si por mujer o por madre, se dolía más de aquella situación de la familia. Le daba la razón. Toda la razón, en humilde asentir:

—Es verdá; yo a veces lo pienso. Con esta miseria no debieran venir más muchachos... —(y suspirando, agregaba, dando sus ojos a la chiquillería famélica que se apiñaba contra sus faldas). —Pero ¿qué cosa voy a hacer, si Andrés no entiende...? ¿No ve que va sólo a lo suyo...?

Y Ernestina, ante aquella sumisión resignada que no comprendía, se rebelaba, impaciente:

—Tú tienes culpa también. Niégate... Que se cuide un poco. Que te evite los hijos. Ya está bueno de muchachos muertos de hambre. ¿No te das cuenta? Te morirás en un parto cualquier día. Y después, ¿qué será de esas criaturas?

La otra la miraba con un poco de temor y de humildad en los grandes ojos hundidos. Una mirada que venía de lo hondo de su ignorancia y de su desamparo.

—No me atrevo a negarme... ¿te das cuenta? Andrés no quiere hacerlo en la otra forma... No le gusta. Si se lo propongo buscaría otra mujer. Mejor seguir así, hasta que Dios quiera...

—Pero, al menos, inténtalo.

Volvía a mirarla, negando con la cabeza, rodeada de sus criaturas que a su alrededor, como una plaga de zancudos, oían sin entender. Tampoco, ya lo había intentado una vez... ¿y qué sacó? Algo malo. Sacó únicamente el más raquítico de sus hijos. ¿Se daba cuenta ella por qué Ramoncito salió tan ruin, tan chiquitico, y sietemesino...? Claro: si apenitas sería una gota... Una sola... Porque ella y Andrés, siguiendo los consejos de una amiga del pueblo, tuvieron cuidado. ¡Y el pobre Ramoncito pagó la culpa de que lo hicieran sin bastante miaja!... No, no: mejor seguir así. Por lo menos, en gracias a Dios, que le salieron sanitos y fuertes.

Por eso, cada nueve meses se agregaba otro muchacho a la lista anterior de seres desamparados, eternamente hambrientos e ignorantes, como los padres. Eslabones vivientes de la larga cadena campesina y pobre.

Era famosa en los contornos la fórmula de ofrecimiento de Andrés, cuando cumplía la tradición de ofrecer el nuevo retoño a los amigos:

—Compadre, ya tiene en mi casa una boca más, para lo que usté guste mandar.

(Jurado: Carlos Rafael Rodríguez, Ezequiel Martínez Estrada)

REALIDADES Y PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCION CUBANA

EL PREMIO DE ENSAYO

Al premio de ensayo del II Concurso Literario Latinoamericano de la Casa de las Américas, se han presentado seis o siete trabajos muy meritorios. Como característica común de todos éstos, se destaca el interés por los problemas fundamentales de la vida social en variados aspectos. Es un síntoma saludable la orientación pragmática que en los últimos años ha tomado el pensamiento en la América hispánica, y de la seriedad con que se realizan los estudios. La Revolución Cubana ha contribuído, sin ninguna duda, a liquidar una literatura de palabras, lastre de la vieja retórica española.

Hay estudios sobre la situación social de la mujer en El Salvador; la de los aymaras de Perú; sobre latifundio y caciquismo, sobre posibilidades de liberación de los países subdesarrollados y esquilmados, etc.

El ensayo premiado, Realidad y Perspectivas de la Revolución Cubana, que resultó pertenecer al Sr. Luis Emiro Valencia supera a los demás; la competencia ha sido inter pares, y la victoria legítima.

Esta obra consta de 248 páginas dactilografiadas y de un Apéndice de 193, en que se documentan, con las resoluciones fundamentales de la Revolución, las tesis sentadas en los diez capítulos que la constituyen. El autor ha cumplido holgadamente el osado propósito que enuncia en la Introducción: "El esquema del libro es simple: trata de aproximarse al conocimiento de la realidad geográfica, humana e histórica del pueblo cubano, haciendo inmersión en la estructura económica y social, producto de su proceso histórico, y teniendo en cuenta la serie de factores que lo integran. De este análisis esquemático se desprende que la Revolución Cubana —que constituye una de las transformaciones más profundas en América— es fruto y consecuencia de su propia realidad y no presencia artificial o importada".

Ezequiel Martínez Estrada.

LUIS EMIRO VALENCIA

(colombiano)

3.—EL 26 DE JULIO, UNA IDEOLOGIA CONCRETA

Si es cierta la afirmación de que "uno de los grandes problemas de la revolución es que la conciencia revolucionaria está retrasada en relación al avance práctico de la revolución" (115) ¿qué podemos decir respecto a las etapas pre-revolucionarias?

Es aquí donde se revela el genio político-práctico de Fidel Castro. Necesitaban de una acción de tal naturaleza que sacudiera la conciencia política adormecida de las masas cubanas. El asalto al Cuartel Moncada fué planeado como una acción importante pero arriesgada, temeraria, deliberada. El efecto táctico era producir un **impacto sicológico** de previsibles consecuencias políticas. En efecto ocurrió así. **El 26 de Julio de 1953,** Fidel Castro y un grupo de idealistas, asalta el Cuartel Moncada, el segundo del país, situado en Santiago de Cuba. La ciudad se hallaba en carnaval y las tropas sorprendidas inicialmente reaccionaron, por un acto imprevisto, hasta el punto de lograr el fracaso de la acción. Fidel Castro fué hecho prisionero y muchos de sus compañeros murieron en la acción o fueron destrozados por los soldados después de la derrota. En el juicio que se sigue a Castro pronuncia su autodefensa bajo el mote: **La Historia me absolverá.** En este **acto concreto,** sellado con sangre nueva, fue sentada la partida de bautismo del Movimiento 26 de Julio.

Cuando le preguntaban en el proceso sobre el ningún prestigio político de Fidel o de su grupo, señaló: "¿Con qué prestigio contaba el abogadito Carlos Manuel de Céspedes y el arriero Antonio Maceo, cuando se **alzaron en la manigua** redentora?" (116).

El prestigio se hace en la acción no en la inacción. Es consecuencia de la lucha.

Esta afirmación es aleccionadora: muchos hombres, muchos pueblos oprimidos, no se levantan porque como los adventistas, esperan resignados la llegada del Mesías. Espartaco solitario siempre será vencido.

Durante el proceso, Fidel Castro hacía un llamamiento al pueblo a la lucha. Y divulgó las leyes que proponía a nombre de la revolución y que hubiesen sido divulgadas después de la toma del cuartel Moncada:

1. Vigencia de la Constitución de 1940, afirmación total de poderes en la **revolución como fuente de derecho,** hasta consolidar las reformas revolucionarias, el castigo a los claudicadores y estafadores de la voluntad popular. Esta afirmación, despojada de palabrería infecunda, no puede llamar a engaño a quienes hoy se rompen las vestiduras y hablan de "Estado de Derecho" cuando aceptan a sabiendas "la arbitrariedad con leyes" y la simulación legal, como régimen que encubre las dictaduras constitucionales y los clanes oligárquicos con máscara democrática que dominan la mayoría de nuestros países. Es el falso democratismo usado como soborno mental para los débiles. La democracia es algo más puro que el engaño interesado.

2. Entrega de la tierra, inembargable e intransferible, a todos los colonos, subcolonos, aparceros, arrendatarios, precaristas que ocupasen parcelas de 5 ó menos caballerías. Indemnización en 10 años a base de la renta territorial.

Confiscación de todos los bienes a los malversadores.

Además anunciaba que "medidas fundamentales como la reforma agraria, la reforma integral de la enseñanza, la nacionalización del trust eléctrico y el trust telefónico, devolución de excesos en tarifas y pago al Estado de la evasión fiscal. El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema de la educación, el problema del desempleo y el problema de la salud del pueblo; he ahí concretados seis puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política" (117).

Todas las ideas centrales que informan el desarrollo de las medidas tomadas posteriormente por la revolución pueden encontrarse en su esencia, y muchas de ellas taxativamente consignadas, en su famosa defensa: La historia me absolverá.

Muchos, hoy, se sorprenden de que un hombre, una vez en el gobierno, **un equipo de hombres,** una vez en el gobierno, cumplan lo que prometen. ¡Es en verdad, un caso insólito en la historia política de América Latina!

Quince años de presidio fue la sentencia. Después de 22 meses en las prisiones de la Isla de Pinos fueron amnistiados los rebeldes, entre ellos Fidel. Luego a México en un **exilio revolucionario,** no en el cómodo exilio burocrático o dorado con rentas abundantes, organiza la lucha: **seremos héroes o mártires.** El pueblo confió y Fidel desembarcó el 2 de diciembre de 1956.

El 26 de Julio quedó gravado en la historia de Cuba para siempre.

---

(115) Cuba, Territorio... B. Roca. ob. cit. pág. 150.
(116) Céspedes y Maceo, próceres de la independencia polít. cubana del tutelaje español.
(117) La Historia me absolverá. "Cuba Revolucionaria", J. Valdés M. Ob. cit. pág. 99 y sig.

—UNA TAREA CONSCIENTE

Muchos afirman que la trayectoria de la revolución ha tomado caminos radicales a pesar de sus líderes. Si es cierto que la dinámica revolucionaria, en su praxis, rebasa muchos presupuestos, en este caso no es válida la tesis. El Movimiento 26 de Julio, y Fidel Castro y su equipo, tenían un programa, una ideología, una pragmática, unas metas **absolutamente precisas,** en su concepción general y en sus objetivos y tareas inmediatas y mediatas. El detalle, la constelación de problemas y soluciones, derivadas de la **tarea concreta,** no estaban en inventario. Pero lo fundamental obedecía a una concepción previa, deliberada y a un planeamiento consciente. Esa es otra lección importante: sin objetivo definido, insobornable, intransigente e inexcusable, no hay sino improvisación oportunista o claudicación de principios por razones de coyuntura táctica. No es este el caso del Movimiento 26 de Julio y su conducción revolucionaria.

El Manifiesto-Programa del Movimiento 26 de Julio, publicado en La Habana, en 1956, no puede dejar lugar a dudas. Este planteamiento programático e ideológico, servirá, no sólo como documento histórico sino como elemento de estudio. **Es un programa concreto sobre una realidad concreta: Cuba.**

Las ideas centrales que se mueven en torno al Manifiesto-Programa definen esencialmente el carácter ideológico del **nuevo dispositivo político creado:** El Movimiento 26 de Julio.

La ideología en este caso —como anota Jean Paul Sartre refiriéndose a la Revolución Cubana— comporta una visión práctica de las circunstancias objetivas (117). Este carácter de **objetivación** de la realidad trasplantada sin mixtificaciones a un programa es lo que constituye la posición y doctrina **nacionalista** de la Revolución Cubana.

En primer término la aparición del **Movimiento** surge como una necesidad histórica dimanada del fracaso de los **partidos tradicionales** y sus **variantes tácticas** que fracasaron en el poder y en la oposición y que nunca tuvieron un carácter estricto de organización política en defensa del pueblo y la soberanía nacional, sobre bases genuinamente revolucionarias. El Partido del Pueblo, "ortodoxo" desprendido del "revolucionario auténtico", una vez desaparecido Chibás, se fué diluyendo como fuerza de decisión. Los demás movimientos, como el Directorio Revolucionario, han ido integrándose en el torrente revolucionario unitario de Cuba. El Partido Comunista, finalmente, se encuentra empalmado con los ideales y tareas de la revolución, sin pretender dominar y con un alto sentido de la realidad ha roto con las ortodoxias sectarias y se halla en un camino de cruda comprensión. En cuanto al "autenticismo" y demás partidos conservadores, su quiebra histórica los ha rebasado definitivamente.

Uno de los pasos fundamentales de Fidel Castro, fué haberse separado voluntariosamente del Partido Ortodoxo, desilusionado por la palabrería vana e ineficaz que empalmaba, en su inefectividad, con la claudicación y fracaso de todo el viejo orden político o con la fraseología radical inactiva de los seudorrevolucionarios.

El reconocimiento de este hecho: el fracaso de los Partidos Tradicionales en la liberación social del pueblo y la afirmación constructiva de la nacionalidad, lleva a la organización del **Movimiento.** Esto es importante: **movimiento y no partido.** El movimiento tiene una **tendencia unitaria y es movimiento.** Es decir, **acción.** El Partido **tiende a partir.** Es dividir y no multiplicar. El movimiento, pues, **es una unidad.** Este aspecto mantiene la corriente histórica con el proceso latinoamericano. **La Revolución cubana queda históricamente situada dentro de la más pura corriente americana,** declara el Programa del Movimiento. **Es cierto. Si** observamos desprevenidamente y sin **hipoteca mental** las grandes corrientes revolucionarias de América Latina, aquellas que han tenido una honda significación en el siglo XX, podemos constatar que la revolución mexicana de 1910, con el grito de "tierra y libertad" aglutinó en un formidable movimiento de unidad social a los oprimidos mexicanos. La revolución boliviana de 1953 con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (M.N.R.), aglutinó a fuerzas heterogéneas que batieron en las calles al ejército, nacionalizaron las minas, hicieron su reforma agraria e incorporaron al indio a la corriente nacional y a la cultura patria, forjaron las milicias mineras y campesinas, no importa la pausa obligada por las circunstancias objetivas y hostiles. Hasta en el aglutinamiento negativo de la demagogia regresiva o reformista alienta en América el **instinto movimientista.**

Esta **unidad social, sobre la marcha y en la acción,** basadas en un **programa concreto** sobre realidades concretas, es el gran factor político que aportan las revoluciones de América Latina a sus luchas contemporáneas.

La inadecuación histórica de los Partidos —no digo de las ideologías ni de la programática— de las organizaciones de tipo comunista y socialista en América Latina, es evidente. No considero que debamos disculparnos ni inculparnos. Es la realidad. Precisamente el valor de una filosofía, cualquiera que ella sea, debe consistir en que sirva como un método de pensamiento, como una metodología interpretativa, para el conocimiento de la realidad. Si la filosofía no sirve para interpretar correctamente una realidad, así provenga del más crudo idealismo o del más decantado materialismo, así se apellide marxista o escolástica, no superará los planes académicos de lo abstracto e inoperante en la realidad misma. No es un elogio al empirismo ni una acogida a la pragmática de tipo fascista. Es un intento de aproximarnos a la realidad por la vía más corta: el análisis de nuestra propia realidad.

Si esto creemos de la filosofía, ¿qué decir de los partidos?

Es cierto que no puede haber acción revolucionaria sin teoría revolucionaria, según apuntaba Lenin. Pero, ¿podrá servir la teoría revolucionaria si no va acompasada de una acción práctica que se halle articulada a la **realidad real?** ¿Podemos continuar construyendo castillos, aparentemente científicos, sobre invenciones teóricas? Si la teoría debe servir como guía para la acción práctica, estamos en la obligación de dotar nuestros pasos de una tremenda y conciente comprensión de la realidad latinoamericana. Es por lo menos nuestra tarea fundamental. No más forzar a meter la realidad en el circuito cerrado de nuestros esquemas ideales o idealizados. Las palabras no podrán encubrir la parálisis en el plano de la acción concreta y la conquista del poder para el pueblo.

No vamos a borrar en unas líneas el papel formidable de los partidos socialistas y comunistas en las tareas sociales en América Latina. Tratamos tan sólo de indagar en la historia política nuestra —no eslava ni asiática— la causa de que organizaciones políticas con una tradición de medio siglo no hayan llegado al poder sino que han sido sustituidas en la cronología de la historia por otras formas de expresión política. No recurriremos a la interpretación determinista para encubrir **un hecho histórico.** Es bueno mirarse en el espejo, de cuando en vez.

Afirmamos esto en nuestro afán de que la revolución americana se halle siempre encarnada por sus más nobles voceros, no importa su denominación formal. Es una idea, son unos principios, no son unos nombres. Quizás sea un simple problema **de táctica** y no una modificación fundamental de estrategia. Pero a veces los medios se confunden con los fines.

Pensadores inquietos, como el sociólogo socialista Torcuato S. di Tella, nos dice: "La evolución política más reciente de los diversos países de América Latina nos está llevando rápidamente hacia el **realismo,** ante el fracaso de una serie de soluciones políticas en que muchos pusieron toda su fe. Esto ha producido, entre otras cosas, una cierta indiferencia hacia las "ideologías" y hacia las sutiles diferencias de los partidos políticos. El enfrentamiento cada día más directo entre los sostenedores del orden capitalista y las clases populares, está empujando a éstas a hallar soluciones por su cuenta. Y no es aventurado decir que, dada la experiencia que han tenido hasta ahora, esas clases populares confían cada día menos en los partidos políticos y buscan más sus sindicatos o sus organizaciones profesionales como armas de defensa.

"Esta evolución podrá o no gustarnos, y sin duda está cargada de peligros ya que los partidos políticos cumplen una función indispensable y lo mismo puede decirse de las ideologías claras y precisas. Pero, al menos, tendrá el efecto de empujar con ímpetu difícilmente contenible a esas mismas clases populares hacia soluciones políticas que les aseguren **unidad en su lucha** contra un enemigo común. La unidad de la clase obrera —que ésta aprende sobre todo en sus sindicatos— será una demanda cada vez más insistente en esta década de 1960.

"La responsabilidad de los que quieren dirigir conscientemente el proceso político consiste en saber escuchar estas sordas demandas que se generan en innumerables puntos de la masa popular. No consiste, por supuesto, en llevar directa e indiscriminadamente a la acción estas demandas "espontáneas", sino en orientarlas y encauzarlas. Sólo en casos muy extremos, y con mucha justificación, enfrentarlas.

"Si esta hipótesis es cierta, será entonces cada vez más importante discriminar claramente entre lo que puede ser una necesaria política de unión entre los sectores que coinciden en una lucha común, y lo que son principios socialistas a largo plazo. La estrategia se irá haciendo en cada caso particular. Su elaboración estará indudablemente, llena de errores parciales e intentos fallidos. En el proceso, un estudio comparativo de las diversas situaciones históricas que se hayan dado o sigan dando nos servirá de ayuda en la búsqueda de soluciones". (18)

Ahora bien: lo que importa saber es que el movimiento en la práctica cumple las funciones de Partido. Es lo esencial. Ni el culto a la personalidad ni **el culto al partido.** Una y otro deben concebirse como herramientas de lucha para conquistar unas metas sociales. La moderna idolatría política no conduce sino al extravío, al **seguidismo,** para luego, muy tarde, reconocer el error, efectuar la demoledora auto-crítica jruschoviana. Pero la oportunidad, como los ríos no regresa jamás.

---

(117) Ideología y Revolución, "Lunes de Revolución", Suplemento, marzo 21 de 1960. La Habana.

LUIS DIAZ CHAVEZ
(hondureño)

PESCADOR sin FORTUNA

**Todas las cosas ser creadas a
manera de contienda o batalla
Demócrito**

—Ay viene ese animal aullando —murmura entre dientes el negro José Martinica.— Es el tren de la fruta que va por Salado Way, haciendo temblar la tierra y volar las garzas soñolientas por debajo del puente'e hierro... Viene erutando humo por la trompa. Humo negro, negro, del color de los ojos de la mulata Yoan, la mujer que traje de Utila, y que's blanca, parecida a las garzas blancas.

Y se escurrió con el humo, dentro del miedo y el verdor de los bananos, dentro del montarral y el peligro, adivinando la evidencia de la persecución.

A un lado de la vía férrea, se oye una gritería de cipotes jugando de adivinanzas, y como naciendo de la tierra húmeda, ardiente y fecunda:

A ver...
Oro, no es.
Plata, no es.
Levantaá la cabeza
y mirá lo que's.
¿Querevés, querevés,
que te lo cuente otra vez?

Y volaban y llovían las respuestas absurdas, a la vez que otros preguntaban:

Vestida de luto vengo,
si me desnudan doy luz,
en la punta traigo la muer*
y en la cabeza la cruz.

—Adivine el adivinador... ¿Qué es?...

Sólo unos pocos sonríen con los ojos transparentes, brillantes, aguanosos, hundidos en sus órbitas amoratadas, llenos de mosquitos y mal olor, echados sobre la hojarasca de cacao y palma africana, con la que se confunden a la par de los perros. Unos parecen gusanos de tierra pintados de lodo, y otros muñecos de pellejo y hueso, son sus grandes cabezas alargadas semejantes a los cocos maduros, de fibra tiesa, ensortijada y quemada por el sol. Algotros ni siquiera se interesan en el juego. Son autómatas ausentes mirando, sin ver, las volteretas de los demás. Todos llevan con dificultad unas panzas enormes, pegadas al barro de la carne tullida. Y ninguno de ellos tiene en los ojos el color azulito del cielo. Son los hijos de los campeños, de los negros de Honduras... Suelen comer tierra y beber agua con larvas de paludismo.

—Viene l'escolta... ¡Ay vieneee...!

Y barajustan a esconderse dentro de las chozas de palos secos, cubiertas con zacate apretado, tupido, y agujereado con los amarres de bejucos, asegurando la ventilación, el tiro del fogón y la entrada inevitable de la plaga.

—¡Tun, tun! ¡La puerta!

—Ando buscando a José Martinica —dice el jefe, indio palo'e coco y ojos de cuchillo, acariciando con sus dedos largos y nerviosos el vergajo, distintivo inequívoco del manda más.

—Yo no lo conozco... señó —replica la negra bostezando, desde el interior de la pocilga, escondiendo a sus hijos entre las enaguas sucias y rascándose la cabeza con las diez uñas, mientras hace un gesto inconsciente de ocultar con los codos sus dos pechos larguiruchos y encorvados, casi idénticos a los plátanos machos.

—Le digo que no lo conozco —repite, viendo de frente, con firmeza a los ojos desconfiados del hombre alto.

—Yo te pregunto por siacaso los has escondido vos...

La mujer por toda respuesta estornudó varias veces, seguidito, molesta sin duda alguna por el humo picante de la leña verde.

Los ojos de la mulata Yoan encendieron la noche sobre la selva negra y bajo los luceros rutilantes.

—Levantá la cabeza, negro Martinica. ¿Es que no oís el himno del pueblo? ¿No oís los tambores? Ahora es un redoble que no conoce el silencio. Viene rodando por todos los rumbos, desde todos los puntos cardinales. No sólo de más allá de las montañas del Merendón y del campamento del Quiché. Viene también de las Antillas, cabalgando sobre los mares del Caribe. Viene del Cocibolca y Xolotlán, de los lomos de los Andes, de las selvas del Amazonas. Son los campeños de América, aprendiendo a ser unidos y amalgamados.

—Vámonos. Aquí n'están.

Y se fué la escolta a registrar las chozas a todo lo largo de la vía.

—Son unos perros los condenados— pensó la mujer—. Parece mentira que por las miajas que les dan los amos anden husmiando a todo el mundo... Pero... nosotros somos más águilas que esos payulos.

Lisandro, el joven zambo de Opoteca los había escondido en la vega espesa del río, dentro del guamil, detrás de las matas altas de quiscamo y de las nubes de zancudos.

—Es muy cierto, no los conocemos, pero sé por qué los viene buscando el jefe.

Y los acomodó en una champa abandonada, dentro de la selva y el silencio, envueltos en las sombras del río.

Prendieron la lumbre para librarse de la maldita plaga. Y el opoteca les contó las viejas historias de su tata, el abuelo de Roatán, pero que había nacido en las Islas del Cisne, y que era hombre letrado y de hazañas:

—Mi tata fué soldado del General Xatruch en los días de William Walker. A ellos les decían los catruches, y ya por último, los catrachos. Cuando el viejo hablaba de esas cosas se encendía la noche y sus ojos lo iluminaban todo. Eran como dos brasas fosforescentes de color verde claro.

El viejo le contaba a menudo las mismas cosas, y él, también, siempre gustaba de escucharlas como si fuera la primera vez que las oyera:

—Cuando el filibustero, hijo mío, llegó a Nicaragua, venía de sus aventuras por Sonora y Baja California, y soñaba con esclavizar a la Isla de Cuba. Y según decía Clinton Rollins, su compañero de armas:

> "...habían venido los filibusteros para garantizar la paz, proteger vidas y propiedades y extender los beneficios de nuestra civilización, y porque era deber a imponerse a razas débiles y gobernarlas para beneficio de ellos mismos y de la humanidad"...

Y cuando llegaba a esta parte, invariablemente el viejo se ponía a reir. Su risa era como un ronco redoblar de tambores.

—El mismo Walk se comparaba con Pizarro o con Aquiles, según el caso. Parecía un loco, pero no lo era. Sólo fué un instrumento de los esclavistas sureños, y su víctima lastimera al fracasar en la instauración del régimen de la esclavitud, flor moribunda en los campos de Abraham Lincoln.

—Fueron los días de la Guerra Nacional centroamericana, el acontecimiento colectivo más grande de su historia, después de la Independencia y la Federación, porque puso de manifiesto la unidad de sus pueblos fraccionados, y el carácter invencible de las concentraciones humanas cuando luchan por una causa justa. Por su puesto, justa a su favor, y no justa del lado de sus opresores, lo cual viene a ser injusto para nuestros pueblos. Eranse los días de una auténtica lucha por la independencia nacional, y de la disputa entre Inglaterra y los Estados Unidos por la dominación del Istmo y el Caribe.

—Ibamos vestidos de harapos, comíamos raíces y caballos, y solíamos sorprender, en pequeños grupos, a los californianos, a quienes acuchillábamos y desarmábamos, más rápido que un bólido al cruzar los cielos. Yo era el tambor mayor del Quinto de los Infiernos. Y cuando hicimos correr a Walk, después de San Jacinto, regresamos a Honduras, por las Segovias, bajando por el río Wans Coco hasta las llanuras inmensas de la Mosquitia, donde de paso, y para no perder la costumbre, degollamos a muchos soldados del Rey Mosquito, quien no era más que un negro volteado, títere de los ingleses.

—Y así volvimos a nuestras playas, bajando por el río Patuca, aguas abajo, hasta el mar. Pero un día, se dejó ver en la línea del cielo y del mar, una mancha blanca, como una nube besando las aguas, como una visión de combate. Era el regreso, la vuelta del filibustero. Aprovechamos la querella entre los ingleses y Walk, y a la vez, la alianza traidora entre éste y algunos nativos, para tenderle una trampa. Lo lazamos y lo hicimos prisionero en Trujillo. Lo arrimamos al muro de piedra que habían construido los conquistadores españoles y lo ejecutamos el 12 de septiembre de 1860, ante un júbilo popular indescriptible. Ese día, hijo mío, hice huir las nubes con el estrépito de mi tambor. Nunca fué más claro, ni más dulce, ni más fiero, ni más extraordinario su canto, su clamor de guerra, su estruendo de paz...

Aquí se apagaba el color verde claro de sus ojos fosforescentes y se dormía, el viejo, con la noche y la quietud colonial.

Desde entonces se celebra esta fiesta en los barrios pobres de los negros, en los morenales. Pero hoy tiene ésta un sabor triste, en medio del monótono gemir de los tambores, de la aguda queja de los clarines, de la locura de las danzas lúbricas, de los ojos brillantes y ardientes de las negras incendiadas de lujuria, de sus primorosos vestidos llenitos de colores y secretos, filtros mágicos y hierbas aromáticas. Y en medio, también, de los cantos del pueblo, del aliento del mar, del vaho tibio de la selva, y de la nostalgia de Africa en la América ajena, envilecida y traicionada.

Murieron los catrachos
sin la flor de la mujé.
Los negros están bailando
hasta el amanecé.

Y luego, otros más, cargados de melancolía y de recuerdos históricos:

Esclavistan de William Walk
incendiaron a El Coyol,
a Granada y a Monimbó.
Con garras de asesinar,
los diablos de los infiernos,
a los gringos y a Byron Col,
les arrancaron el corazón.

O si nó, estos otros:

Mataron a William Walk
sin conquistar su libertá.
¡Ay...! los negros están llorando
llorando en la oscuridá.

Irrumpen los bailes y los tambores en masa, y un coro de voces profundas, bajas, masculinas:

Que viva la flo moradita
de la mujé.
Los negros están peleando
su amanecé.
Los negros están peleando
su amanecé.
... ...
Los negros están peleando
su amanecé.

—Yo tengo el tambó de mi Tata —dice Lisandro el opoteca, viendo la lumbre consumirse.

—Cuando estoy afligido, voy a tocarlo río arriba, donde no puedan verme ni el comandante de armas ni los soldados de la escolta.

El opoteca creía sinceramente en el poder mágico de su tambor, porque le quitaba la tristeza, esa cruel tristeza que a ratos le mordía el corazón, y porque le hacía sentir cosas que él no podía explicar. Además le gustaba oír lo que decían:

—Un espíritu encantado toca el tambor cuando se cierne el peligro sobre el pueblo, o cuando los amos no les dan trabajo, o cuando hay despidos colectivos en los campos del banano, o cuando los ríos se desbordan con las inundaciones, y también, a veces, cuando vienen los diputados de la capital a pronunciar discursos bien largos...

—Cuando el tambor retumba en el silencio de la manigua y de la noche, se oyen ruidos siniestros por debajo de la tierra.

Otros comentaban así:

—El bum... bum del tambor no viene de lo hondo del bosque, ni del rumor del Ulúa, ni de la mansa bravura del Chamelecón, sinó de lo lejano de la mar, con los vientos fríos del norte que traen enfermedades. O tal vez, de más allá de las montañas del Merendón. O acaso, es el llanto de los Lacandones humillados, o un cruel alarido del campamento del Quiché... O es la advertencia de la rebelión de los campeños... Es el temblor de los opresores recorriendo los Andes...

Al predicador blanco no le gustaba el lamento del tambor:

—Hombres diabólicos, seres satánicos manejados por el mismo diablo en persona, andan sembrando la confusión en el pueblo obediente y trabajador. ¡Alabados sean los pobres de espíritu y los sumisos, porque de ellos será el reino de los cielos! ¡Benditos, los que no se rebelan, los que soportan la miseria y las injusticias! ¡Benditos, los humildes, porque con ellos está Dios! ¡Ay de los brujos que riegan el descontento con las mentiras y los tambores!

Días antes, no muchos, el aguatero que trabaja con el opoteca en la brigada de puentes, le había preguntado casi con los ojos de fuera:

—Te digo, Lisandro ¿has oído vos el tambó?

—Sí hombe, todas las noches lo oigo, durante toda la noche, ando hace tres lunas. Todos los días cuando el sol muere, nace el tambó llorando, y muere su queja cuando el día alumbra.

El aguatero se quedó pensando un rato para decir:

—Dicen que los amos blancos tienen miedo de los negros. Pero yo creo que nosotros les tenemos terror a los amos blancos, y que algo malo va a pasá. Dicen qui un gran tumulto viene avanzando ende todos lados. Que los negros de los campos no quieren trabajá y que el tambó anuncia matazón de negros. Que no va a quedá ni'uno con patas, ni cabeza, ni manos.

Y quedó viendo a Lisandro que se había puesto a reír.

—Esués lo que dicen... Yo no lo he creído... Y que las patas se las van a echá a los chanchos. Las manos, las van a zampá di'abono en la tierra, por que ya no les da naa a los señores, y que po eso pasan ellos en esa llorazón. Y otros dicen que las cabezas las van a colgá de los palos; a l'orilla del camino e hierro, para que sean bien miraditas po los fieles del señó... pe siaca se les quierir la albarda diun lado... ¿Qué decís vos de todito eso?

Lisandro seguía acurrucado de la risa, la cual se fue pasando a todos los hombres. Después comentó:

—No siás tonto. El tambó no tiene naa que vé con el tumulto. El discontento está, ende hace años, porque los blancos ganan, haciendo el mismo trabajo, más plata que los negros. Yo creo qu'el tambó tá encantado, y que más bien quiere algo bueno para todos nosotros. Naide va a descuartizá a los negros. Si luúhicieran tendrían quirsé a morir di'hambre a su tierra...

—Yo, po mi parte, buir a l'iglesia —dijo el otro— a pedile a San Benito que nos proteja. Y sobre todo, que nos paguen más, anque'es más fácil miarse al pie del arco iris que sacar les un daime a los amos.

El opoteca, sin escuchar la charla de sus compañeros, seguía caminando maquinalmente mientras pensaba:

—San Benito es el Santo negro, pero naide sabe con quién está aurita. Cuando era cipote y que mi nana me llevaba a l'iglesia me gustaba regalarle piedritas de colores que yo recogía del río. Per'un día, el padre me dijo que ni él ni San Benito querían más piedras sucias, que mejor le llevara limosnas de daimes cuando pudiera. Y entonces les regaló las piedritas a los niños blancos. Esto está muy claro. Ahora el santo tiene vestidos de seda, ajorcas en los tobillos, pulseras en las muñecas. De las orejas le cuelgan argollas, con luz crepuscular, collares de perlas en el pescuezo y una gran corona dioro en la cabeza. Y dicen que le están haciendo una coraza de purita plata po la cosa'e la guerra mundial. Y tampoco me gusta nadita qu'el cabo comisario lo cargue en semana santa, y que el padre, lo mismo qu'el presidente blanco, le tengan tirria a mi tambó... ¡Ay tá!... San Benito, el santo negro ¿cómo va a sé pártidario'e los negros?... Pero... ¿cuándo? Nosotros no le damos naa, poque naa tenemos, y él tampoco nos da naa. Si hasta se parece al Rey Mosquito...

El calor que hace, pesa mucho y la gazapera de la plaga crece y brama por encima de José Martinica, quien es oriundo de Lepaguare, tierra de hombres invictos, pintorescos, alegres, y que lo mismo aran la tierra con bueyes como cazan tigres, o se ausentan por tiempo indefinido al río Guayape para lavar sus arenas de oro, el cual cambian por diez bambas la onza, o por una tuberculosis. En otros tiempos, cuando se aburrían de estas labores, domaban potros salvajes en el llano, o si nó, se echaban el rifle al hombro y se iban a riflear contra la dictadura, orden de cosas muy parecido al orden del Rey Mosquito, en los tiempos de William Walker.

—El remedio para la plaga —pensó— es fumar... ¡para esta maldita plaga! Yo no fumo camel, ni chester, como el comandante militar y el cabo comisario. Fumo puros "cañón rayado" made in the campamento. Son mejores para espantar los zancudos, matar el hambre y el tufo insoportable del río.

Estaba sentado con la mulata Yoan sobre un tronco de amate, bajo la sombra familiar del ceibo gigante, muy cerca de donde semanas antes los había escondido Lisandro. Se sentía enfermo, febril, y miraba las aguas sucias del río con los ojos fijos, las aguas hediondas a limo, a río que crece en las montañas de más lejos.

¡Sun...sun...! de día
¡Sun... sun...! de noche
tanto en el día
como en la noche.

—Así musitaba el zumbido lúgubre de las ondas.

Y todo era un silencio de piedra en lo profundo del bosque y en el atardecer de Junio. El sol arrojaba violentos mantos de sangre en las lejanías.

—El tufo insoportable del río... Lisandro, el opoteca... ¡el opotesiaca...! —exclamó ronco, sombrío, con la voz arrastrando el odio.

La mulata isleña lo envolvió con la gran tristeza de sus ojos negros:

—Cálmate, Martinica. Es cierto que las cosas no andan del todo bien. Pero todo está desolado. No hay trenes, ni comercios, ni nada. Todo está parado. Nadie entra ni sale del pueblo. Ni los borrachos, ni las putas. Muchos andan huyendo, otros están encarcelados. Pero se ha formado un nuevo comité, y en el campamento grande, todos los hombres, las mujeres, los viejos, los jóvenes y los niños, desde hace tres días, han rodeado las casas y las oficinas de los amos, y que no los dejan salir. Y dicen también que los trujillanos y los opotesiacas se han escondido. Y que... a otros... bueno...

Estaba visto que los comandantes militares y los cabos comisarios no habían hecho operaciones "en grande". Llegaba al campamento inesperadamente, abriéndose paso con mucha dificultad entre la muchedumbre, la que no se apartaba como otras veces, haciendo un camino. Pasaban los soldados silenciosos, inaguantablemente armados, viendo a los negros con fijeza, con los párpados inmóviles y las caras tiesas. Los campeños a su vez, los seguían con las miradas impasibles, indomables, haciendo aullar como por equivocación, al fiero metal de sus machetes, en las piedras del suelo.

"Nosotros los opotesíacas, unidos y amalgamados, como estamos, y empapados del ansia libertadora hasta los güesos, al que intente desaunirnos... frasaca..." —repitió Martinica con voz clara y alta.

Eran las palabras iniciales de un "manifiesto" que estaba preparando el zambo opoteca, Lisandro el opotesíaca, el dueño del tambor rebelde. El que le regalaba piedrecitas de colores a San Benito cuando niño y le creía volteado, renegado cuando grande. El que narraba con fuego en el cuerpo las hazañas del viejo luchador por la independencia. El que expresaba la angustia del pueblo desde lo inaccesible de la selva. El que sentía a veces una infinita tristeza en el corazón. Sí, el mismo que sentía a veces, una amarga desolación. Sí, sí... el que la sentía... ya no la siente. Lo había visto pasar desde allí mismo, desde el mismo tronco de amate, flotando sobre el río. Río abajo... inmenso, descompuesto, tirando un tufo insoportable. Sí... era él, Lisandro. ¡Barco redondo sin velas! ¡Reguilete despacioso, desnudo y rígido, dando vueltas en el agua! Pero iba tranquilo, con la tranquilidad y la dulzura que tienen en la cara los muertos.

Atrás, tal vez paseando por el río, venía una canoa repleta de soldados bebiendo guaro y cantando canciones cuarteleras como queriendo imitar la tonada del clarín, tal como lo hacen los cornetas en los retenes:

¿Qué parió tu madre, pelota?
—Un pichingo'e cera... pelota
¿Y cómo'es que lu'envolvieron...?
... ...

Brotaron las carcajadas, los disparos y los gritos de alegría cuando no silenciaban las jetas con más guaro, y entonaban de nuevo, a manera de copla insultante:

Un chivo pegó un reparo
y en aire se detuvo.
Hay chivos que tienen madre
pero éste... ni madre tuvo.
hasta que se perdió
en los reflejos, lentamente
el cortejo bestial.

Adelante, iba Lisandro flotando sobre el río. Arriba, el cielo apacible, las nubes hinchadas de agua y de plata, de luz y de ensueño, de retorno y de cambio, de todo y de nada. Y cerca del agua, los buitres volando espirales sobre el hedor. Y abajo, los soldados cantando en la canoa de la muerte hacia el mar:

pero éste... ni madre tuvo
ni madre tuvo... ni madre tuvo...

Los comentarios fueron diversos.

"Un malhechor desconocido, no identificado por el juez, tomó parte en el asalto armado de un comisariato, ultimando al taimquiper, robando ropa, comida y armas. Disparó contra la escolta cuando se procedía a su captura..."

Lo demás ya se sabía. Le habían dado el agua... y una fosa cristiana.

Vestida de luto vengo,
si me desnudan doy luz.
En la punta traigo la muerte
y en la cabeza la cruz.

Pero el predicador blanco decía otra cosa, tenía otra versión, que todo el mundo creía y que era, sin duda, lo cierto.

—El joven opoteca, devoto de San Benito, era muy aficionado a la pesca en las noches de luna. Pero acostumbraba silbar y cantar mientras pescaba. Y por esta razón no oyó la avalancha traicionera del río, el cual todos los años causa víctimas inocentes. El muchacho siempre fue un trabajador obediente y respetuoso. En fin, Lisandro, el opoteca, sólo fue... un pescador sin fortuna.

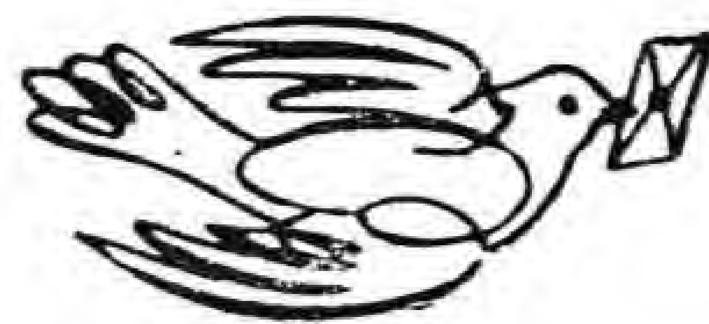
No muy distante, se oye nuevamente, el bullicio de los niños jugando de adivinanzas:

A ver...
Levantá la cabeza y mirá lo qu'es.
Oro, no es.
Cobre, no es.
¡¡Plata-no es!!
¿Querevés, querevés
que te lo cuente otra vez?

Iba inmenso, tranquilo, sonriente, empapado hasta los huesos del ansia libertadora y del agua sucia del río; abiertos los ojos, mirando una estrella nacer en el cielo.

"Nosotros los opotesiacas, unidos y amalgamados como estamos, al que intente desaunirnos, frasaca porque frasaca..."







POESIA

DEL LIBRO "LA FRONTERA"

Dejando de lado toda preferencia temática y formal, que suele impelirnos a escoger aquello que más directamente toca a nuestra sensibilidad, hemos adoptado el criterio de escoger el libro que, a nuestro juicio, reuniese los mayores valores poéticos. Pienso que fue el mejor criterio escogido. Al fin, los tres poetas que constituíamos el Jurado, Luis Cardoza y Aragón, Lezama Lima y yo, éramos hombres de formación diferente, y nuestras inclinaciones, lógicamente, no iban por el mismo sendero. Sin embargo, ateniéndonos a esa ética que suele y debe regir entre poetas algo avezados en estos quehaceres, en un acuerdo tácito, hemos escogido "La Frontera" de Roberto Ibáñez. Y, simplemente, porque las cualidades estéticas del poemario sobresalían por sobre las demás obras. La elección fue unánime y valedera. El solo hecho de que ninguno de los tres hayamos hecho presión por imponer un libro que obedeciera a criterios extraliterarios, contribuyó —en mi opinión— a garantizar la imparcialidad del CONCURSO DE LA CASA DE LAS AMERICAS. Esto exigirá también, en lo futuro, a los autores jóvenes que se presenten, al adiestramiento en un rigor poético que es, siempre, lo que da validez a los emprendimientos poéticos.

ELVIO ROMERO

EL PAYASO

Idos. Ya fue la fiesta. Brilló el raso.
Voló de pie la clara caballista.
Reverenció a la muerte el trapecista.
Jadeó con rostro anónimo el payaso.

Idos. Pero alguien torna, paso a paso,
con secos tumbos, árida la vista,
y en la almizclada noche de la pista
—Yo era ese niño, oh sí. . ., dice al acaso.

—Oh, sí. . . (Contempla las desiertas gradas).
Yo era. . . (Besa un jazmín y se arrodilla)
Ese niño. . . (Un rubor de bofetadas

antiguas se le agolpa en la mejilla.
Y un fragor de calientes carcajadas
en el circo sin nadie lo acuchilla).

SOLILOQUIO DE LA DESCONOCIDA

— Hacia una soledad que no lastime,
desando con mis lágrimas el viento.
Inocente y odiada, me prohibo
la pequeña alegría de un jilguero
o el rumor de una abeja distraída,
ya nunca más abeja entre mis dedos.
Un caballo me mira para siempre .
Lacra en mis pies su lengua un perro ciego.
Me ve una hoja y piensa en el otoño,
y deshabita el suspendido reino.
Me ve una fuente y piensa en el verano,
y es sólo un remolino polvoriento.
Ay, si un niño se acerca, temblorosa
en mínima corola me convierto.
¡Y no puedo impedir que elija y toque
la más secreta flor del campo inmenso!

EL RETORNO

Con un niño, con una golondrina
los relojes insomnes aplacaba
y en un lugar del sueño los borraba.
Con un niño, con una golondrina.

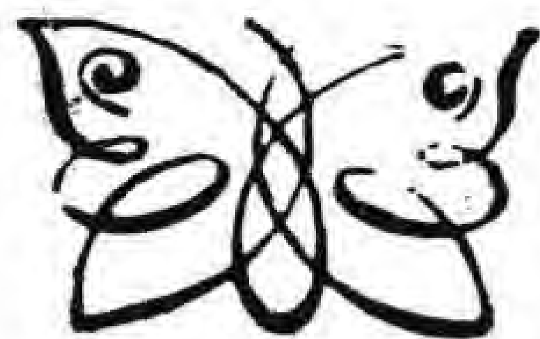
Con un niño, con una golondrina
la mies en verde espiga levantaba
y la ceniza en lumbre que no acaba.
Con un niño, con una golondrina.

Los ojos cerró apenas un instante.
Los abrió. Y en la noche advenediza
vio de pronto con árido semblante,

que a su furia secreta los relojes
retornaban, la lumbre a su ceniza,
la mies cumplida a las hambrientas trojes.

TRANSFIGURACION

Y diré a mis anónimos terrones:
—Comed, ésta es mi carne. Y a los vientos:
—Bebed, ésta es mi sangre. Y al rocío:
—He aquí mis huesos. Pero en mis canciones
diré los infinitos nacimientos
porque ellas son el solo cuerpo mío.



UN ROSTRO

Yo caía, caía desde el sueño,
con sangre adulta, con gastadas manos.
Asido. Desasido. Tristemente.
Pero al caer, mis labios
sintieron la presión de un frágil rostro
dormido para siempre. Y lo besaron.

LA SEÑA

Si lejos, en mi sangre, se levanta
con el cielo de ayer, tu rostro puro,
desdibujado en un temblor futuro,
siempre en flor y en alondra la garganta.

Si en tanto azul que se desmide y canta
a bruñir soledades me apresuro
y hablar contigo, sólo hablar, procuro,
oh claro sueño de furtiva planta,

¿por qué no acoges esta viva seña
que ya en cristales últimos se enfría
ahogando un coro de soleadas voces?...

¡Ah, los sueños no ven al que los sueña
y aunque tu frente fue una vez la mía
ni me contestas ni me reconoces!

I

NARCISO ESTERIL

—Allí al cielo cristales da la fuente.
Al sueño, allí, da el ruiseñor cristales.
¡Oh perfección que enamorada sales
a pedir testimonio transparente!

¡Ay, no saldrás de tu dominio ardiente!
¡Lloro en la luz tus muertos esponsales,
que velando sus diáfanos umbrales
niega el cristal imagen a mi frente!

Como el cristal morada a esta mirada,
al árido esplendor de mi belleza
rehusa el ruiseñor su melodía.

Orfebre sólo de mi obscura nada,
hoja ya soy donde el otoño empieza.
¡Ay, cuánta muerte en esta muerte mía!

II

NARCISO CIEGO

— Narciso, no el de ayer. Ciego Narciso,
rosa a rosa profiero mi blancura:
sola del tacto, trémula escultura
coreada en un secreto paraíso.

Sola del tacto, y del cristal sumiso
que da clara progenie a mi figura
¿Que dios, sin abolir mi forma pura,
vedarme el goce de su lumbre quiso?

Si en el crujido de la fronda flava
oigo al Otoño fatigar su aljaba,
yo en la fuente que absorta me recibe

creo a ciegas un mágico reflejo.
¡Ay, no puedo heredarme en el espejo,
pero el espejo por mi imagen vive!

III

NARCISO HEROICO

— ¡Adiós, oh ruiseñor que aún en la umbría
das a mi sueño fiel, lengua secreta:
como en tu dulce rama recoleta,
en mi memoria cantarán un día!

¡Oh fuente, adiós! Sostén la imagen mía,
ya en su tersura de cristal completa.
Seré tu soledad, oh fuente quieta,
como tú fuiste, oh fuente, mi agonía.

Si abdico y parto hacia la tierra obscura,
en puntual esplendor mi imagen dejo
antes que el tiempo rinda mi hermosura.

Hacia la muerte o la vejez me alejo.
¡Oh fuente, quede en ti mi imagen pura,
quede sin mí, como en divino espejo!



ROBERTO IBAÑEZ

(uruguayo

EL PESCADO indigesto

PERSONAJES

IPSILILA, partera y envenenadora.
VIBENIO, filósofo y esclavo.
JOYERO.
VENDEDOR DE PERFUMES.
FURIO, veterano y tuerto.
PESCADERO.
VOLUMNIA, dama galante retirada.
ARTOTROGUS, redactor del Acta Diurna, esclav
QUINTO CORNIFICIO, amigo de Catulo, poeta.
CAYO VALERIO CATULO, poeta.
TITINO, mendigo y diplomático.
CLODIA PULCER, dama patricia.
FILENIA, esclava, confidente de Clodia.
MAMURRA, proveedor del ejército y publicano.
ABRA, esclava de Pompeya.
PUBLIO CLODIO PULCER, hermano de Clodia.
AURELIA, madre de César.
POMPEYA, mujer de César.
Hombres y mujeres de la Plebe, matronas, lecticiarios y esclavos.
La Acción aparentemente en Roma. 59 años antes de Cristo.

(Comedia en 3 Actos)

ACTO PRIMERO

Una plaza pública y la fachada de la casa de Clodia. En escena el Joyero, el Pescadero, el Vendedor de Perfumes e Ipsilila.

IPSILILA.— (Pregonando) ¡Vendo filtros de amor! ¡Doy fecundidad a las estériles! ¡Atiendo partos! (ENTRA LA PLEBE. CON ELLA VIENEN VOLUMNIA, FURIO, TITINO Y, POR ULTIMO, VIBENIO).

LA PLEBE.— ¡César! ¡César! ¡Salve César! ¡Imperator! ¡Imperator! ¡Vencedor de los galacios! ¡El triunfo para César! ¡Héroe de Lusitania! ¡Pacificador de España! ¡Salvador de Roma!

VIBENIO.— (LLEVA UNA CADENA QUE LE RODEA LA CINTURA Y BAJA A LOS TOBILLOS DE MODO QUE SOLO PUEDE DAR PASOS CORTOS) (A IPSILILA) ¿Qué sucede, abuela?

IPSILILA.— No interrumpas mi propaganda (PREGONANDO). ¡Evito nacimientos! ¡Castigo infidelidades!

LA PLEBE.— ¡Salve! ¡Salve César! ¡Imperator! ¡Imperator!

IPSILILA.— ¡Elimino maridos molestos! ¡Id a la Suburra y preguntad por Ipsilila!

VIBENIO.— (AL JOYERO) ¿Por qué gritan de ese modo?

JOYERO.— ¡Qué se yo! (PREGONANDO) ¡Perlas de la remota India y de la misteriosa Arabia! ¡Obras de arte, joyas, púrpuras de Tiro!

LA PLEBE.— ¡El Senado concedió el triunfo a César! ¡Ave César! ¡Generoso César! ¡dará trigo y juegos al pueblo!

VIBENIO.— (AL VENDEDOR DE PERFUMES) ¿De qué se trata?

V. DE PERFUMES.— Odio la política. (PREGONANDO) ¡Oleos de Siria! ¡En vasos de ónix y de alabastro!

FURIO.— (CON UN PARCHE NEGRO SOBRE EL OJO IZQUIERDO) César es el más grande general. Lo digo yo. Y cuando lo digo yo...

IPSILILA.— Cuando tú lo dices, hay que pensar que no es tan grande como parece (RISAS DE LA PLEBE).

VIBENIO.— (AL PESCADERO) ¿Pero qué pasa aquí?

PESCADERO.— Vete a los infiernos. (PREGONANDO). ¡Pescado de Grecia!

FURIO.— (A IPSILILA) ¿Qué murmuras, arpía?

IPSILILA.— Que sabes de César menos de lo que supo su bisabuela. Tienes más ojos que hazañas militares.

FURIO.— ¡Maldita sea! Esta bruja ha matado más gente con veneno que el amo de Vibenio en la arena del Circo.

VOLUMNIA.— ¿Quién es el amo de Vibenio, Furio?

FURIO.— Ese maldito gladiador. Egnacio el celtíbero (SUSPIRO DE LAS MUJERES)

VOLUMNIA.— (CON LOS OJOS EN BLANCO) ¡Egnacio el celtíbero! ¡El invencible! (SE ACERCA INSINUANTE A VIBENIO) ¿El es tu amo, Vibenio?

VIBENIO.— Sí. A él me vendieron en un remate.

VOLUMNIA.— ¿Qué desearías de mí, si yo te pidiera un favor? (OTRAS MUJERES RODEAN A VIBENIO).

VIBENIO.— Si estuviera en mi poder, te lo haría sin pedirte nada. ¿Qué quieres?

"El Pescado Indigesto" no pretende hacer interpretaciones de la historia romana. Ni siquiera quiere ceñirse a esa historia. Pero considera ineludible situar su acción en Roma y en el siglo primero, antes de Jesucristo, porque allí y entonces el poeta Cayo Valerio Catulo escribió sus sátiras despiadadas contra César.

Tampoco interesa a "El Pescado Indigesto" aceptar o no como verídicos los vicios que el poeta y otros contemporáneos atribuyeron al gran general. Lo que pasa es que Catulo, al desahogar su envenenado rencor contra César, cuyas causas no vienen al caso, dejó, sin quererlo, en uno de sus más terribles epigramas, un símbolo válido para todos los tiempos.

Ese símbolo es el de Mamurra (es decir los negocios inescrupulosos) en estrecho connubio con César (o sea la guerra y el espíritu colonizador). Aquél atrás de éste y éste al servicio de aquél. Tema de tan permanente vigencia tenía que ser una tentación irresistible y un buen motivo para decir algunas de las muchas cosas que duelen a la Plebe (a nosotros, los del pueblo) narcotizada por la propaganda venal. Por eso las alusiones de "El Pescado Indigesto" son directas, transparentes, honestas e irrespetuosas, como los epigramas de Catulo.

MANUEL GALICH

(guatemalteco)

VOLUMNIA.— Quiero una efigie de Egnacio.
VIBENIO.— Se venden en el mercado a cualquier precio.
MUJER 1a.— Yo quiero un pedacito de su toga.
VIBENIO.— No usa toga.
MUJER 2a.— Yo deseo un rizo de sus cabellos.
VIBENIO.— Está rapado.
MUJER 3a.— Yo doy la vida por una uña de sus pies.
VIBENIO.— No se las corta nunca.
MUJER 4a.— Yo sería feliz si tuviera su pañuelo usado.
VIBENIO.— Se suena con los dedos.
FURIO.— (A QUIEN NADIE ESCUCHA) Si yo afirmo que César es el más grande general...
JOYERO.— (PREGONANDO) Realizo estatuillas de Egnacio el celtíbero a precios de quemazón.
VOLUMNIA.— (SEGUIDA POR LAS OTRAS MUJERES, CORRE HACIA EL JOYERO) ¡Estatuillas de Egnacio! Dame una.
FURIO.— ¡Qué desvergüenza! No cuentan las hazañas de un veterano de la república. Los gladiadores son los ídolos populares. (A VIBENIO) Como te decía, combatí a las órdenes de César en... en... nunca supe adónde me llevaban. Y por eso puedo afirmar que...
VIBENIO.— Conozco, Furio, tu brillante hoja de servicios. Pero dime, ¿por qué alborota así la gente?
FURIO.— ¡Cómo! ¿No sabes que César ha vuelto de España y está a las puertas de Roma? Ahora hace sus preparativos para entrar en triunfo. Se lo ha concedido el Senado. Imagínate lo que eso significa. Tiene fama de magnánimo.
ARTOTROGUS.— (ADENTRO) ¡El Acta Diurna del Pueblo Romano!
VIBENIO.— ¡Alabados sean los dioses! Allí viene el griego que vende noticias.
FURIO.— ¿Qué importan a un esclavo las noticias que vende otro esclavo?
VIBENIO.— Personalmente, me importan poco. Pero debo recitarle el Acta Diurna del Pueblo Romano a Egnacio el celtíbero. Yo soy su inteligencia. Para eso me compró.
FURIO.— ¿Qué le importa a él lo que pasa en el mundo?
VIBENIO.— Aunque es analfabeto, quiere hacer política vista su popularidad. No creo que sea un caso de excepción.
ARTOTROGUS.— (ENTRA) (ES UN ESCLAVO CONTRAHECHO, OREJON, CARGADO DE ESPALDAS, CARA ANCHA Y APLASTADA, PELOS DE JABALI Y UN POCO RENGO. TRAE LAS TABLILLAS DEL ACTA DIURNA Y LAS COLOCA VISIBLES EN ALGUNA PARTE. PREGONA) ¡El Acta Diurna del Pueblo Romano! ¡Los más importantes acontecimientos del día, expuestos para conocimiento del dilecto público! ¡Los siempre nobles varones y las eternamente bellas damas que me honran con su curiosidad todos los días, podrán enterarse, con detalle, de las últimas novedades de nuestra admirable Roma!
PESCADERO.— ¡Pescado fresco!
ARTOTROGUS.— No tanto como mis noticias, pescadero.
VIBENIO.— (A ARTOTROGUS) ¿Hay alguna novedad en la política?
ARTOTROGUS.— La hay, sí. Sensacional, extraordinaria. Ninguno la imagina.
FURIO.— Bah, lo sabemos todos. César ha vuelto de España.
ARTOTROGUS.— Te equivocas, legionario. Esa es cosa vieja, como Ipsilila. (RISAS DE LA PLEBE).
IPSILILA.— Y hedionda como tú, error de la Naturaleza (NUEVAS RISAS).
ARTOTROGUS.— ¡Escuchad todos! (EXPECTACION EN LA PLEBE) Se prepara un fraude escandaloso. Pasado mañana, en los comicios, para elegir a los cónsules.
LA PLEBE.— ¡Un fraude! ¿En los comicios? ¿Quién se atreverá? ¿Cómo es eso?
ARTOTROGUS.— ¡Ah! Lo véis. ¡Sensacional! Sólo el Acta Diurna podrá decíroslo. Si os acercáis a la tablilla de las noticias políticas. Tres ases por leerla.
VIBENIO.— ¿Otra vez has subido el precio? Ayer cobraste dos.
ARTOTROGUS.— La cera de las tablillas ha subido mucho, querido Vibenio.
FURIO.— Es una extorsión.
ARTOTROGUS.— Culpa de la inflación, pundonoroso soldado. Pero si elegís cónsules a Luceyo y Marco Bíbulo todo será más barato. Si no le roban la elección a alguno de ellos.
VIBENIO.— ¿Quién puede robarla? ¿Y cómo?
ARTOTROGUS.— Aquí lo explica. Tres ases.
VIBENIO.— Al fin y al cabo, Egnacio es quien paga. (SACA UNAS MONEDAS Y SE LAS DA A ARTOTROGUS).
FURIO.— Toma, hijo de Caco (PAGA Y LEE. OTROS HOMBRES HACEN LO MISMO. TITINO, SIEMPRE AISLADO DE LA PLEBE, SE OCUPA DE LOS POTES DE PERFUME, FRENTE AL VENDEDOR DE LOS MISMOS).
VOLUMNIA.— ¿Hay algo que interese a las mujeres, Artotrogus?
ARTOTROGUS.— Desde luégo, seductora Volumnia. Hay para todos. Un senador sorprendió a su mujer con un bañero de las termas.
MUJERES.— ¡Con un bañero!
IPSILILA.— ¿Con un bañero? La semana pasada fue con un auriga.
MUJERES.— ¿Quién es ella?
ARTOTROGUS.— Podéis saberlo; con los pelos y las señales de ella, del senador y del bañero, si os acercáis a la tablilla de las noticias de sociedad. Sólo por siete ases.
MUJERES.— (SUPLICANTE) Déjanos leerla por cinco, Artotrogus. Como ayer.
ARTOTROGUS.— Imposible, señoras mías. Si os parece caro, podéis dejarlo. Seguramente no os interesa saber quién es la acuática dama. Ni el bañero que le gana la carrera al senador, montado en ella.
IPSILILA.— Toma, salteador del pueblo. Me interesa el asunto.
ARTOTROGUS.— Gracias, corazón de oro.
VOLUMNIA.— (A LAS MUJERES) ¿Qué puede importarle a Ipsilila la alta sociedad?
IPSILILA.— (IDEM.) Tanto como a Volumnia los deseos de los hombres, antes de que la vejez la hiciera casta. En la alta sociedad están mis mejores clientes.
ARTOTROGUS.— ¿Ninguna otra quiere satisfacer su curiosidad?
MUJER 1a.— Yo no resisto. Pago.
MUJER 2a.— Ni yo (LAS MUJERES SE AGLOMERAN FRENTE A ARTOTROGUS).

ARTOTROGUS.— Generosas señoras, que la Buena Diosa os bendiga. Pero ponéos en fila y pagad una por una. Siete ases por cada una de vuestras encantadoras cabecitas.
FURIO.— Si César quiere ser cónsul, nada puede impedirlo. Es un general. (ENTRAN CATULO Y QUINTO CORNIFICIO).
HOMBRE 1o.— Furio dice bien. Nada puede impedirlo.
VIBENIO.— Aunque sea general. Si la ley le impide ser candidato al consulado, no debéis votar por él.
ARTOTROGUS.— Bien dicho Vibenio. Sería un fraude.
HOMBRE 2o.— Tiene razón el esclavo.
FURIO.— Ese pobre diablo no entiende nada de política. Los deseos de un general son siempre superiores a la ley. Eso es lo democrático.
ARTOTROGUS.— Así será, heroico veterano. Pero si lees bien el Acta Diurna cambiarás de opinión (LA DISCUSION CONTINUA).
CATULO.— ¿Qué es lo que leen ésos, Quinto?
QUINTO.— El Acta Diurna del Pueblo Romano. Todos los días la Plebe se informa en ella de cuanto pasa en Roma y las provincias. Por unos cuantos ases.
CATULO.— ¡Qué interesante! Son las cosas admirables que uno mira en Roma. ¿Quién introdujo esa novedad?
QUINTO.— Un esclavo griego. Un tal Artotrogus.
CATULO.— ¡Un esclavo! Me parece muy peligroso.
QUINTO.— ¿Por qué?
CATULO.— Porque a través de las noticias, ese esclavo puede modelar a su antojo la opinión de la Plebe. Puede, incluso, mentirle, según lo que mejor convenga a su amo. ¿Sabes quién es el dueño de ese Arto... qué?
QUINTO.— Artotrogus. Creo que pertenece a Marco Bíbulo. Un hombre de negocios, vinculado a la alta banca. O a Luceyo. Un prestamista. Ambos candidatos al consulado.
CATULO.— ¿Lo ves? Atrás del inocente negocio de ese esclavo, sólo hay política e intereses. Eso de informar a la Plebe de todo lo que pasa, me parece muy bueno, si quien lo hace respeta la verdad y es un hombre libre. Pero así... Me gustaría dedicarme a eso, para beneficio de los demás.
QUINTO.— Es una idea muy revolucionaria. Pero me gusta, Catulo. (POR LA CASA DE CLODIA) Hemos llegado, amigo mío. Esta es la casa. Yo te introduciré a ella.
CATULO.— La sola vista de su casa me hace temblar de emoción, Quinto. Una sola vez vi a Clodia. Pero mi juventud y mi inexperiencia eran tantas como majestuosa era su soberbia hermosura. No osé rozar ni sus vestiduras. Pero fue tan violenta mi pasión por ella, que caí en un agónico letargo cuando Quinto Céler, su marido, dejó la gobernación de la Galia y la trajo a Roma. Por ella he dejado a mi patria, Verona.
QUINTO.— Sígueme, pronto estarás frente a Clodia.
CATULO.— Que los dioses te colmen de beneficios (SALEN).
ARTOTROGUS.— Como acabáis de leerlo, César debe veinticinco millones de sestercios. ¿Qué donativos podrá hacer al pueblo? Luceyo y Bíbulo, en cambio, son patricios honorables y solventes. ¿Habéis leído bien lo que ha dicho Catón en el Senado? Un ausente no puede ser candidato al consulado. La ley se lo prohibe. Y César no podrá entrar a Roma, en triunfo, sino hasta después de los comicios.
FURIO.— (COREADO POR LA PLEBE) Visto así, es diferente. César no puede ser cónsul. No está en ley.
TITINO.— (AL VENDEDOR DE PERFUMES) Dame éste (TOMA UN POTE).
IPSILILA.— (IDEM.) ¿Estás loco tú o está loco éste? ¿Cómo puede un mendigo pagarte el valor de un óleo de Siria?
V. DE PERFUMES.— Conozco al señor Titino. Es un viejo cliente mío.
TITINO.— Para mí es artículo de primera necesidad. Un viejo hábito profesional. El vulgo no puede comprenderlo. (ENTRAN DOS ESCLAVOS Y EMPUJAN A TODO EL MUNDO PARA ABRIR PASO. LUEGO ENTRA UNA LITERA LLEVADA POR CUATRO LECTICIARIOS).
ARTOTROGUS.— ¡Es la litera de Clodia! Abrid paso.
CLODIA.— (DENTRO DE LA LITERA CUBIERTA POR CORTINILLAS VERDES) Detenéos aquí.
ARTOTROGUS.— ¡Esa es su voz! (LOS LECTICIARIOS DEPOSITAN SUAVEMENTE LA LITERA EN EL SUELO. CLODIA LEVANTA UNA DE LAS CORTINILLAS Y ASOMA LA CABEZA, BUSCANDO ALGO ALREDEDOR DE LA LITERA).
CLODIA.— No la veo. (A LOS ESCLAVOS) ¿La ha visto alguno de vosotros? (LOS ESCLAVOS NIEGAN CON LA CABEZA).
ARTOTROGUS.— (EXTASIADO ANTE LA LITERA) Los dioses han derramado toda su magnificencia al traernos a una de sus hijas predilectas (TITINO SE APROXIMA A LAS TABLILLAS Y LAS LEE. VUELVEN QUINTO Y CATULO).
QUINTO.— ¡Clodia, mi divina amiga! Afrodita te ha puesto en mi camino. Te busqué en tu casa, sin encontrarte.
CLODIA.— ¡Quinto Cornificio! ¡Qué agradable sorpresa! (SE DISPONE A SALIR DE LA LITERA Y QUINTO LE OFRECE LA MANO).
MUJER 1a.— Litera con cortinillas verdes. Jamás se ha visto.
MUJER 2a.— Qué extravagancia.
HOMBRE 1o.— Lecticiarios capadocios. ¿A quién se le ocurre?
HOMBRE 2o.— Será el último modelo de litera. Ella impone la moda. (LOS HOMBRES SIGUEN EL CUERPO DE CLODIA CON AVIDAS MIRADAS Y LAS MUJERES DISCRETEAN SEÑALANDO SU PEINADO, SU TUNICA, SU CALZADO, ETC.)
CATULO.— ¡Por Júpiter! Está más bella que nunca.
ARTOTROGUS.— (SORPRENDE A TITINO LEYENDO LAS TABLILLAS Y SE ENREDA CON EL EN UNA DISCUSION).
CLODIA.— (ORDENA CON UN GESTO QUE SE RETIREN LOS LECTICIARIOS. ESTOS SALEN LLEVANDOSE LA LITERA, SEGUIDOS DE LOS DOS ESCLAVOS) ¿Pero qué pudo haberse hecho?
QUINTO.— Te noto inquieta, Clodia. ¿Has perdido algo?
CLODIA.— En efecto, salí de compras y... (ENTRA FILENIA AGITADA). Criatura, me tenías preocupada.
FILENIA.— Perdóname, señora. Quedé atrás sin darme cuenta. Hay tanta gente y tanto que ver en Roma.
CLODIA.— Acabo de comprarla, Quinto. Me la ofrecieron en ocasión. Cuatro mil sestercios.
QUINTO.— Una bicoca. ¿Es griega?
CLODIA.— Así me han dicho.
ARTOTROGUS.— (A TITINO) Repito que debes pagarme los tres ases. Has leído las tablillas, mendigo.
TITINO.— Y yo repito que no estás en lo cierto, esclavo. No he leído el Acta Diurna.
ARTOTROGUS.— Te he visto.
TITINO.— Hay un malentendido. Sólo me he acercado a examinar tu ortografía. Y aunque no es mala, no es del todo buena.
ARTOTROGUS.— No te he pedido clases de gramática. Págame los tres ases. (TITINO LE VUELVE LA ESPALDA SEÑORIAL Y LA PLEBE SE MOFA DE ARTOTROGUS).
CATULO.— ¡Titino! (ESTE SE SORPRENDE)
CLODIA.— (GRATAMENTE SORPRENDIDA) ¿Titino aquí?
TITINO.— (ALTIVO, A CATULO) ¿Me conoces?
CATULO.— Naturalmente. En Verona...
TITINO.— Yo a ti, no (SALE COMO UN REY).
CATULO.— (A QUINTO). Era embajador, cuando lo conocí. Pero está muy cambiado.
CLODIA.— Yo también lo conocí en Verona. (A CATULO) ¿Tú eres de allí?
QUINTO.— Pero... si seré aturdido. (A CLODIA) Ha venido a Roma sólo para conocerte. (A CATULO) Aquí la tienes. La mujer más bella de Roma.
CATULO.— Del mundo, Quinto.
CLODIA.— (COQUETA) Para decir eso, sería necesario conocer a cuantas mujeres existen. (ARTOTROGUS SE APROXIMA A ELLOS DISIMULADAMENTE PARA CONTEMPLAR A CLODIA Y ESCUCHAR).
CATULO.— No es necesario. No concibo que haya otra más bella. A tu lado todo palidece. Tu sonrisa tiene la hermosura cruel del sol. Su esplendor ciega a quien osa contemplarte (ARTOTROGUS SE RESTRIEGA LOS OJOS).
ARTOTROGUS.— ¡Rayos de Júpiter! Es verdad.
CLODIA.— Es excesivamente generoso lo que dices. Pero me halaga. No puedo negarlo. Cuando lo dices, con la pasión de tus años, a una mujer de mi edad.
CATULO.— La belleza no tiene edad. Tú estás en la plenitud de la perfección, Clodia. ¿Puedo llamarte así?
CLODIA.— Por supuesto. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?
QUINTO.— ¡Por todos los dioses! Hoy estoy imbécil. No hay duda. (CON ELOGIOSO ENFASIS) ¡Es Cayo Valerio Catulo!
CLODIA.— ¡No! No puedo creerlo. Esto es un sueño. ¿Será posible que yo esté frente al gran poeta veronés?
ARTOTROGUS.— ¡Odio a Apolo!
CLODIA.— ¿Tú eres Catulo?
CATULO.— (MODESTO) Sí, ese soy. Y tú eres Lesbia.
ARTOTROGUS.— ¡Lesbia ella!
CLODIA.— ¿Lesbia yo?
CATULO.— Tú eres la Lesbia de mis poemas. Para ti son. Tú los has inspirado.
CLODIA.— Nunca soñé que yo fuera ésa a quien tanto he envidiado por arrancarte tan tiernas canciones de amor.
ARTOTROGUS.— ¡Tiernas canciones!
QUINTO.— Bendigo a los dioses por haberme elegido para hacer felices a dos almas que deseaban encontrarse. Loados sean si es así.
ARTOTROGUS.— Que ellos te confundan, alcahuete.

CLODIA.— Haré sacrificios a los dioses de mi casa, para que esta amistad sea eterna. Luego la festejaremos con mi mejor vino. ¿Me acompañáis?

QUINTO.— No deseamos otra cosa.

CATULO.— Nunca pensé que en toda la vida de un hombre pudiera haber un instante como éste. (SALEN CLODIA, CATULO, QUINTO Y FILENIA. ARTOTROGUS LOS SIGUE DISCRETAMENTE. FRENTE A LAS TABLILLAS SE PRODUCE UN TUMULTO. FURIO DA UN GOLPE A VIBENIO, QUIEN RUEDA POR EL SUELO).

FURIO.— (SACUDIENDOSE LAS MANOS) Como militar no hago política. Pero tampoco permito que la hagan los que no son militares. (COREADO POR LA PLEBE) ¡Abajo César! ¡Luceyo y Bibulo al consulado! ¡La ley sobre todas las cosas!

VIBENIO.— (LEVANTANDOSE) Ahora sois partidarios de Luceyo y Bibulo. Pero no por la ley, que me importa un rábano. Sino porque habéis leído que aquellos os pagarán mejor vuestro voto. Ese es vuestro patriotismo: entregar vuestra opinión a quien más os ofrece. ¡Linda república! Que os aproveche el negocio. (SALE).

ARTOTROGUS.— (VOLVIENDO) Mis narices son sagradas. Han aspirado el halo embriagador que rodea a Clodia. Rendidles culto, mortales.

V. DE PERFUMES.— No hay más negocio por hoy Me retiro.

PESCADERO.— Lo dije desde que vino ésa. Cuando aparece se acaba todo. También me voy.

JOYERO.— Yo hice mi día, gracias a Egnacio el celtibero. Afortunadamente todavía hay gente idiota.

ARTOTROGUS.— Un momento, patriotas. No olvidéis las consignas para los comicios, si queréis gozar de la magnanimidad de los futuros cónsules. Ensayemos. (EN DIRECTOR) ¡El voto a Marco Bibulo!

LA PLEBE.— (A UNA SEÑAL DE ARTOTROGUS) ¡Y a César el patíbulo!

ARTOTROGUS.— ¡Luceyo en el gobierno!

LA PLEBE.— ¡Y César al infierno!

ARTOTROGUS.— Eso es. Propaladlo por toda Roma. Mientras más gritéis, tendréis más trigo y más juegos en el Circo. (FURIO SE COLOCA FRENTE A LA PLEBE E INICIA LA MARCHA HACIA AFUERA).

LA PLEBE.— (CANTANDO EN ESTRIBILLO) El voto a Marco Bibulo.| Y César al patíbulo.| Luceyo en el gobierno.| Y César al infierno.

ARTOTROGUS.— Mi influjo es inmenso sobre la plebe, gracias al Acta Diurna. La he vuelto contra él mismo César. Y sin embargo ese poder no me sirve de nada frente a Clodia. Soy menos que esas piedras donde estuvieron sus divinas plantas. (ENTRA MAMURRA SIN SER VISTO POR ARTOTROGUS).

MAMURRA.— Por fin lo encuentro.

ARTOTROGUS.— (ARRODILLANDOSE) Eres altar, piedra sagrada, porque la has tenido encima (BESA EL SUELO).

MAMURRA.— ¿Estará loco?

ARTOTROGUS.— ¡Oh, aire! No te me escapes de las manos. Tuviste el supremo privilegio de envolver el cuerpo de Clodia.

MAMURRA.— ¡Por todos los dioses y las diosas! Pica alto.

ARTOTROGUS.— ¡Oh, éter! Si yo pudiera, como tú, rodear dichoso su cintura. Piedra feliz, cuánto daría por ser tan afortunado como tú.

MAMURRA.— Ya es mío. (A ARTOTROGUS) Eh, tú, alimaña.

ARTOTROGUS.— (LEVANTANDOSE DE UN SALTO) ¿Es a mí?

MAMURRA.— ¿Ves, acaso, otro mentecato a quien pueda dirigirme? (ERUPTA) Ah, este pescado (SE DA UNOS GOLPECITOS EN LA BARRIGA)

ARTOTROGUS.— Como que somos tres los que hablamos.

MAMURRA.— ¿Tres?

ARTOTROGUS.— Yo, el pescado y tú.

MAMURRA.— ¡Por Plutón! ¿Te burlas de mí? ¿No me has reconocido?

ARTOTROGUS.— (DESPUES DE EXAMINARLO MINUCIOSAMENTE) ¡Fe de hombres y de dioses! Juntos remamos en una galera. Tú eres volsco. De Formias. ¿Quién puede reconocerte ahora con tanto colorete y peinado con esos aceites?

MAMURRA.— Ahora soy ciudadano romano. Tengo mis negocios en Roma.

ARTOTROGUS.— Ya recuerdo. ¡Eres Licónides!

MAMURRA.— Fui Licónides. Ahora soy Mamurra.

ARTOTROGUS.— Ma... Mamu... ¡Tú! ¡Mamurra! ¿El banquero? ¿El publicano? ¡Dadme, oh dioses, vuestro favor!

MAMURRA.— El hombre más poderoso de Roma.

ARTOTROGUS.— El más rico. El más poderoso no.

MAMURRA.— ¿Quién es más poderoso que yo? ¿César? ¡Bah!

ARTOTROGUS.— No. Ya sé que César hace las guerras y tú las aprovechas.

MAMURRA.— ¿Quién, entonces?

ARTOTROGUS.— Yo.

MAMURRA.— ¿Tú? No me hagas reír. En qué consiste tu poder?

ARTOTROGUS.— Redacto el Acta Diurna del Pueblo Romano. Con ella hago que la plebe piense como yo quiero.

MAMURRA.— ¡Por todos los rayos de Júpiter! No niego que tienes un gran poder. Por eso te he buscado en toda Roma. Quiero comprarte. Llévame con tu amo.

ARTOTROGUS.— Es inútil que lo veas.

MAMURRA.— ¿Porqué? ¿No eres vendible?

ARTOTROGUS.— Desde luego que sí. Soy un intelectual. Pero mi precio me lo fijo yo mismo.

MAMURRA.— Pues fija el precio que quieras. No pongo límite.

ARTOTROGUS.— Es poco. ¿Qué más me ofreces?

MAMURRA.— ¡Poco! Puedo hacerte libre a plazo fijo.

ARTOTROGUS.— Tendría que dejar mi negocio. Me interesa más éste que la libertad.

MAMURRA.— ¿Y si te ofrezco lo único que amas más que tu negocio?

ARTOTROGUS.— ¿A qué te refieres?

MAMURRA.— A Clodia.

ARTOTROGUS.— ¿Cómo lo sabes?

MAMURRA.— Te he visto venerarla de rodillas. ¿Quieres tenerla?

ARTOTROGUS.— Querría. Pero es imposible. Parezco un búfalo y ella es una ninfa.

MAMURRA.— Hubo toros que sedujeron ninfas.

ARTOTROGUS.— Bah, no soy Júpiter para tal hazaña.

MAMURRA.— Ella tampoco es Artemisa. La conozco y sé que gusta de lo variado y de lo excéntrico. Aún no ha calentado su lecho con ángeles, ni con monstruos. Y lo desea.

ARTOTROGUS.— ¡Por las Cárites! Casi te creo. Si tu lograras que me amara aunque fuera una sola vez.

MAMURRA.— Para Mamurra no hay nada imposible. Cuenta con ello.

ARTOTROGUS.— Soy tuyo, entonces. Mándame ¿qué debo hacer?

MAMURRA.— Que la plebe olvide a Luceyo y a Bibulo y aclame nuevamente a César. ¿Puedes hacerlo?

ARTOTROGUS.— Puedo. Sé muchas cosas para desacreditar a Luceyo y a Bibulo en el Acta Diurna. Haré de César el más virtuoso y el más generoso de los hombres. ¿Cuánto puedo prometer en su nombre?

MAMURRA.— Todo lo que sea necesario. Si lo hago cónsul con mi dinero, él me hará proveedor del ejército y las legiones cuidarán mis otros negocios en todo el mundo. Para eso necesito tragarme a la plebe.

ARTOTROGUS.— Es fácil tragársela, pero es difícil digerirla.

MAMURRA.— Bah, ella es el pez chico, y yo el grande (ERUPTA) Otra vez este pescado. Apenas lo condimenté con otro pescado de España, vino de Grecia, vinagre de Lesbos, camarones y pimienta blanca. Y me ha indigestado.

ARTOTROGUS.— Eso, más que una indigestión, parece una parábola.

MAMURRA.— ¿Es más grave una parábola que una indigestión?

ARTOTROGUS.— Es como si la plebe romana fuera un gran pescado que quieres comerte. Condimentado con otro pescado de España. ¿Quién viene de allí?

MAMURRA.— César.

ARTOTROGUS.— Para comerte el pescado quieres hacerlo cónsul. Y vino de Grecia. ¿Quién vino de Grecia?

MAMURRA.— Tú.

ARTOTROGUS.— Me has comprado para tragarte a la plebe. El vinagre de Lesbos es Clodia. Lesbia la llama en sus versos cierto poetucho veronés que anda por aquí.

MAMURRA.— Ah, sí, Catulo. Muy gracioso. ¿Y los camarones?

ARTOTROGUS.— Diremos que son Bibulo y Luceyo. Después de los comicios serán un fétido recuerdo.

MAMURRA.— (RIENDO) ¡Un fétido recuerdo! Eres realmente ingenioso. ¿Y la pimienta blanca?

ARTOTROGUS.— La pondré en buenas dosis en el Acta Diurna.

MAMURRA.— Me gusta la parábola. Pero... (TRANSICION) ¿y la indigestión? ¿También forma parte de la parábola?

ARTOTROGUS.— De ti depende. Si me pagas el precio convenido, yo haré que digieras tu pescado tranquilamente.

MAMURRA.— ¿Te refieres a Clodia?

ARTOTROGUS.— Sí.

MAMURRA.— Yo la haré tuya. Lo juro por Mercurio.

ARTOTROGUS.— Duerme tranquilo, entonces. César será cónsul. (SALEN).

T E L O N



PUNTO DE MIRA



Cine

EL LARGO CAMINO DEL SUEÑO

Esta semana hemos ido una sola vez al cine. El miércoles pasado nos metimos a ver *El largo camino de un año*. Pensamos que sería el mejor estreno de la semana porque habíamos visto *Arroz amargo* del mismo director. Giuseppe de Santis quiso abarcar mucho y apretó muy poco. La película es una parábola: La vida de un pueblo presentada como si en realidad fuese el resumen de toda la humanidad. La película pretende serlo todo: profunda, realista, imaginativa, social y sicológica. Se anuncia así: "¡Una historia sobre hombres unidos en sus pasiones y en sus querellas!" Pretende tanto que es pretenciosa.

Podemos padecer dos tipos de torturas en el cine. Una de ellas ocurre cuando la cabeza se nos cae de sueño sobre el pecho o de lado. Entonces uno da un salto y hace un esfuerzo por abrir los ojos llenos de arena. Uno teme derrumbársele encima al vecino. Esto nos ocurrió varias veces en *El largo camino de un año*. En un momento que abrimos los ojos vimos a Silvana Pampanini y Eleonora Rosi-Drago (que se parece mucho a Ingrid Bergman), pero nada. La cabeza cayó de nuevo amenazadoramente cerca del vecino. Massimo Girotti es un actor de muchos recursos histriónicos pero tampoco pudo mantenernos los ojos abiertos.

La otra tortura surge cuando esperamos una sorpresa. Uno espera las cosas cambien, que la trama se anime, que los personajes se vuelvan de pronto interesantes. Pero llega el final sin que ocurra la catarsis. En el cine, sin embargo, casi nadie se levanta y abandona el teatro a mitad de la película. El hombre nunca pierde la esperanza de que la película mejore antes de que aparezca FIN en la pantalla. Para colmo *El largo camino de un año* duró más de dos horas. Llegamos a la casa a la una menos cuarto.

El largo camino de un año también tiene un mensaje: el hombre no puede vivir sin trabajar y cuando no le pagan lo hace por el gusto de trabajar. Es una filosofía que justifica la esclavitud. ¿Para qué pagarle a los trabajadores si les gusta trabajar de balde? La cosa no está en trabajar gratis, sino en rebelarse contra el sistema que permite estas cosas. Tengo entendido que De Santis no pudo filmar la película en Italia y tuvo que trasladarse a Yugoslavia para el rodaje. No comprendo por qué.

El final es impresionante: avanzando por direcciones opuestas de una carretera se van acercando dos grupos, uno de mujeres y otro de hombres. Van apisonando las piedras de la carretera a golpes de unos gruesos mazos de madera. La música se intensifica y la cámara se concentra sobre los pies de los trabajadores y los golpes contundentes de las apisonadoras de madera sobre el camino. Cuando ambos grupos se encuentran frente a frente, tiran a un lado las apisonadoras de madera y se abrazan. Si durante el resto de la película los hombres y las mujeres trabajan hombro con hombro, ¿por qué al final se separan en dos grupos? ¿Por qué aparecen avanzando de dos direcciones opuestas si antes los habíamos visto trabajando todos en la misma dirección? Para crear un final emocionante. Comprendo.

Nos pareció tan mala la película que no pudimos hacer la crítica en un estilo más serio. Dos horas y media sentados en el cine sin ganas no se perdonan con facilidad. Alguien tiene que pagar las consecuencias y De Santis es el culpable. *El largo camino de un año* es un paquete.

No queremos defraudar a los lectores dejándolos con tan poca cosa sólida. No queremos terminar la crítica sin más ni más. Se me ocurrió incluir a continuación tres breves artículos de cine escritos en 1915.

Muchos cubanos pensarán que la crítica de cine surgió probablemente en Francia o Alemania. Que nosotros los hispanos fuimos los últimos en comprender el valor artístico del cine. Falso. Uno de los primeros críticos mundiales que habló con seriedad del cine fue un escritor mexicano: don Alfonso Reyes. De 1915 a 1917 Reyes publicó crítica de cine en el semanario *España* y en *El imparcial* que dirigía José Ortega y Gasset. Los firmaba bajo el seudónimo de "Fósforo". Escribió cosas que todavía aclaran los perfiles artísticos del cine ***(El cine y el teatro)***, intuyó el peligro de que los actores cayeran en el estereotipo ***(El desvanecimiento de las máscaras)***, e hizo comentarios

muy útiles para recrear el ambiente de los cines durante sus primeros años *(Las quejas del público)*.

1.— EL CINE Y EL TEATRO

Son fenómenos de diversa índole; la competencia mercantil que entre uno y otro pueda suscitarse no prueba nada. La competencia mercantil tiene manifestaciones que la misma economía política no puede prever: la fabricación de bicicletas redundó en perjuicio de la venta de pianos. Varios autores dividen las artes en artes del tiempo (la música, la literatura), artes del espacio (la pintura, la escultura, la danza, la pantomima) y artes mixtas (el teatro). Bajo esta categoría pondremos el cine, pero distinguiéndolo del teatro en que es una modalidad del "arte en silencio". Como la pintura, carece de tercera dimensión, y esta desventaja aparente no es más que una nueva ventaja estética: un elemento más de "ironía" que, alejándonos del terreno práctico, nos sitúa en el escenario del arte.

Estamos, pues, desde el punto de vista práctico, más lejos del cine que del teatro. Aquella parte de emoción social que acompaña siempre a las representaciones teatrales (la calidez de la misma presencia humana) aquí desaparece, y los personajes se nos muestran como meras entidades visuales. Más realista que el teatro, es por eso mismo más engañador: la idea de que hay en escena un hombre que finge un carácter distinto del suyo propio es provocada más fácilmente por el teatro que por el cine, y por eso una mala cinta es siempre más tolerable que una mala representación. (En *Resplandores y tinieblas*, por ejemplo, todo lo hace la excelente fotografía). Aparte de que en el cine —simbolización luminosa del movimiento— hay siempre una especie de placer fisiológico que toca al sicólogo explicar. Aquella lejanía, aquella ritualidad que el griego buscaba para su arte, mediante el uso del coturno que agiganta y de la máscara que "deshumaniza", se realizan, pues, mucho mejor en el cine que en el teatro moderno.

Desde otro punto de vista más exterior, el cine nos es más cercano que el teatro: el espectáculo, prácticamente hablando, queda a la misma distancia de nuestros ojos que del objetivo de la cámara, y ésta puede llegar a una proximidad del objeto que, en el teatro, nunca se da. Aun en la vida diaria —poco ejercitados a la visión analítica de las cosas— escasas ocasiones tenemos de seguir, tan de cerca como en el cine, el movimiento de una llave en la cerradura o el de una mano que escribe. Por eso consideramos equivocado el uso de ciertos convencionalismos del movimiento que en las lejanías del teatro pueden tolerarse, pero nunca en las cercanías de la pantalla. Ejemplo: la costumbre de trazar líneas rectas para fingir que se escribe una carta. Acaso esta cercanía del objeto nos explica por qué el drama cinematográfico puede, mejor aún que el teatro, llegar a la "creación de la máscara", a establecer la relación fija entre una cara, una gesticulación especial, y un estado de ánimo o un temperamento determinados: ¡oh, aquellas máscaras que crecen —como la del "Domingo" en la novela fantástica de Chesterton—, que crecen hasta desbordar la pantalla, y nos hincan para siempre el recuerdo de un rictus doloroso o de una risa espasmódica!

Finalmente, no es lo más conveniente para el cine emplear artistas de teatro, aun cuando no sea necesariamente funesto. El artista de cine convenientemente integrado resultaría de ajustar el cuerpo de un gran cirquero a la cabeza de un gran actor teatral. (1916).

2.— LAS QUEJAS DEL PUBLICO

Los lectores suelen atendernos. Las empresas cinematográficas, todavía no. Hemos recibido cartas. A sus puntos nos referimos.

Verdaderamente, son insoportables esos maniáticos que, en todos los salones públicos, entornan los ojos y resoplan para hacer entender a las señoras que están poseídos del delirio amoroso, y subrayan con un ósculo al aire todas las escenas de amor.

¿Y qué decir de los que comentan, en voz alta, con toda clase de chistes, los episodios de la cinta?

¿Y —oh, dioses— de los que leen en voz alta los letreros de la película, porque de otra suerte corren riesgo de no enterarse?

Pues ¿y esos espectadores vergonzantes, que no hallan medio de dar a entender a todos que, aunque ellos han ido al cine, están muy por encima del cine y lo toman con gran desdén?

Acaben de irse de una vez. Y piensen que el perfecto espectador del cine pide silencio, aislamiento y oscuridad: está trabajando, está colaborando en el acto, como el coro de la tragedia griega. (1915).

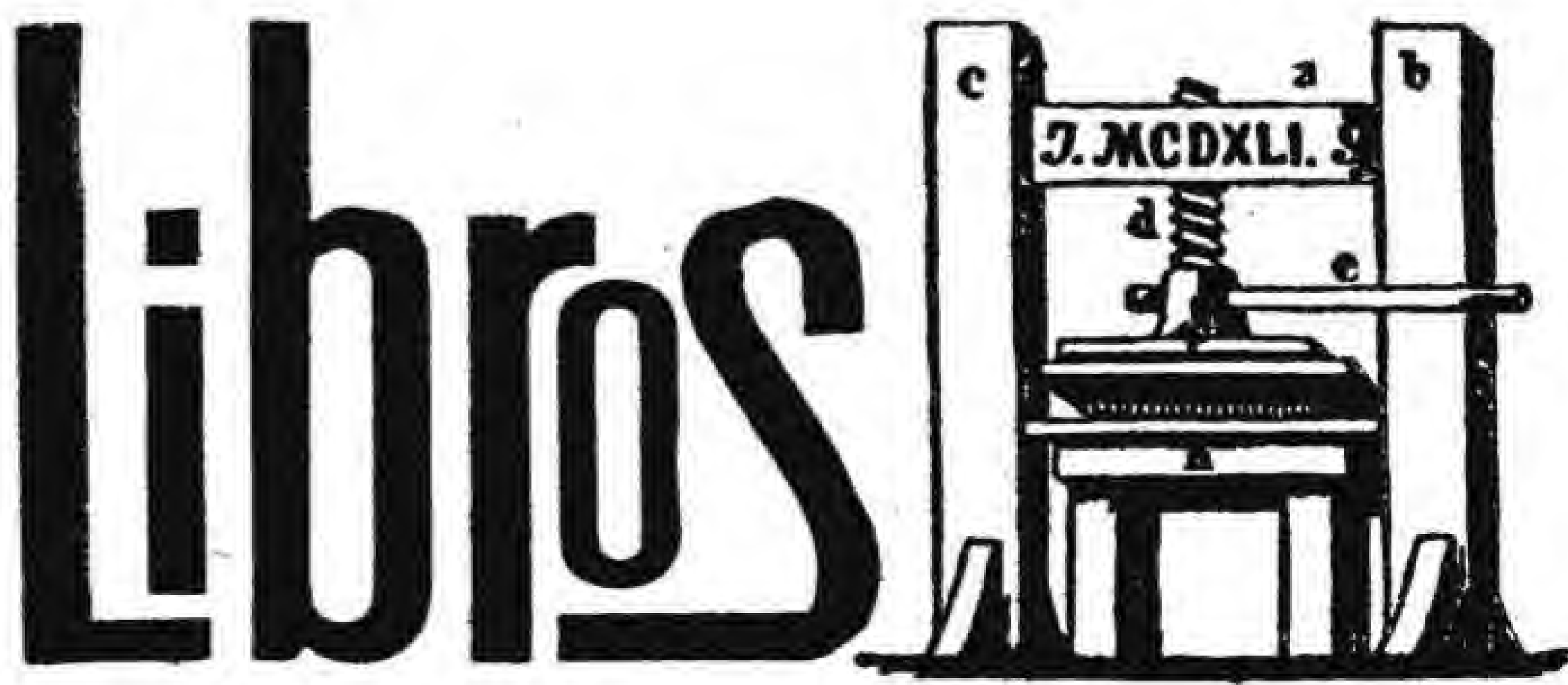
3.— EL DESVANECIMIENTO DE LAS MASCARAS

Pues, entonces ¿qué será ver desvanecerse una máscara? ¿Qué será ver al cine destruyendo al cine? Tocamos aquí un conflicto irresoluble. Cremos que el anonimato absoluto convendría mucho al actor de cine; que, a ser posible, convendría renovar para cada cinta el cuadro de actores. Se nos objetará con el ejemplo de Charlot o de la Bertini. Pero es que Charlot es siempre Charlot: un nuevo tipo cómico que ya hemos comparado a Pierrot: una nueva creación que queda fijada para siempre en el cine estético de la pantalla, y aparece siempre semejante a sí mismo, en los varios episodios de su vida grotesca. ¡Es que cada film de Charlot es como una nueva serie del mismo drama inacabable! Así como la Bertini, ora se llame Laura o Elisa, es siempre la misma mujer (ojos, brazos, nuca, acaso cabellos sobre la frente y relámpagos de la dentadura) que mantiene en éxtasis constante al mismo personaje sentimental (Mario, Tiburcio, Jorge) y causa iguales raptos eróticos (perdonémoslo: es su única porción de arte en esta vida...) del mismo Pérez o Gómez. No: lo triste es ver —como acaba de sucedernos en algún salón de Madrid— la máscara de Norton (aquel delicioso repórter detective del "Millón") servir de disfraz a un patriota de aspecto de pordiosero, y la máscara de Olga (aquella enigmática Olga de la Sociedad de los Antifaces: cuerpo rectilíneo de donde surgía una inexplicable magia de mujer) mal ajustada sobre la cara de una aldeana tan honesta como anodina.

Cuentan que un empleado de la casa Lasky (Hollywood, California) no hace más que recorrer el país en auto, buscando los sitios adecuados para las escenas: sitio aprovechado una vez es sitio que no volverá a servir, como las vajillas en la mesa de Moctezuma. Este esfuerzo por descubrir el rasgo único del paisaje debiera también aplicarse a la selección de actores, y el director del film debiera, como hace el creador en sus buenos ratos "romper el molde" (no sabemos cómo), romper el molde, una vez aprovechado para una ocasión. Si hemos visto a Norton como Norton, no queremos verlo de otra manera. No nos invada —aquí también— aquel incurable mal del teatro que se revela en el solo hecho de que el crítico pueda hablar de "lo bien que estuvo Fulano *interpretando* a Cimbelina, o la verosimilitud con que el otro se *disfrazó* de Marchbanks". Descubrir a Fulano tras de su máscara es negar el arte mímico. Además, aquí también hay que buscar la "palabra única", la "Fisonomía insustituible". El verdadero actor de cine debe suicidarse al acabar su mejor creación.

(1916).

EDMUNDO DESNOES



LA MUSICA, LA RADIO Y EL OYENTE

Nueva Visión, Buenos Aires
Alphons Silbermann. Editorial

Un tema como la radio, es uno de los que se habla todos los días, en cada momento, con esa encantadora superficialidad con que llenamos de absurdos, augurios y polémica una conversación que aunque nos interesa se hace imposible cubrir todos sus puntos con la honradez, si no con la verdad, que éste se merece. El libro de Alphons Silbermann. "La música, la radio y el oyente", es un estudio sociológico de la institución, que como un nuevo instrumento cultural, inauguró la radio en nuestro siglo.

Para nuestro momento la radio puede crear nuevos hábitos en el oyente, que es decir, en la familia cubana. Estos nuevos hábitos deben destruir las malsanas costumbres del pasado sin seguir sumergiendo a nuestro pueblo en el gusto mediocre de la novela folletinesca y el abuso de un falso folklore musical, que encubría a una música comercial buscando siempre la moda y jamás los valores universales de este arte, destruyendo así los buenos valores que se transmiten de generación en generación. La radio, en buenas manos, mantiene al compositor como un órgano sano que surge por lógica social y no por un capricho del individuo.

Sin definirle como un arte, ni aconsejar limitarle en una estética, Silbermann llena todo su libro con un formidable panorama en el que tanto la musica ligera como la música seria ocupan sus espacios vitales sin contradecirse o discriminarse en sus categorías. La visión sociológica de la música a través de la radio queda absolutamente definida en su imaginación de sociólogo. Tras su lectura comprendemos los muchos años perdidos, a través de ese instrumento cultural, en la educación de nuestro pueblo que mantenía sus aparatos en una sintonía constante "escuchando sin oír" y sólo oyendo

que jamás debió escuchar.

La instrucción y la cultura son términos con los cuales juega su autor en todo el libro, situándoles ya entre los hombres cultos, los obreros o los del campo. El problema de abastecer musicalmente, a los que viven en las ciudades y a aquellos que trabajan en el campo, por una vía común, la radio, recibe gran atención de su parte, aunque no ensaya una respuesta definitiva, pues sabe que el campesino francés no es lo mismo que el alemán. Su visión sociológica del problema deja un amplio margen para situar a nuestras ciudades y a nuestros obreros y campesinos y comenzar, por nuestra cuenta, la respuesta que nos conviene. Puede decirse que el libro de Alphons Silbermann no es un libro destinista, no es un oráculo con respuestas enigmas, sino una puerta abierta en lo sociológico sin tangencias dogmáticas que obstruyan su vía. Para nosotros su lectura es recomendable, no sólo a los técnicos de la radio sino al público en general, que se sentiría más confiado y con muchas más ideas para discutir, cuando llegara el momento de iniciar el tema de la radio en una conversación familiar.

La educación musical indirecta, constituye para Silbermann, "un nuevo mundo para los legos en música" y una educación "condicionada" de gran efectividad, ya que es una invitación al conocimiento de la cual se encarga el Estado en una forma bien planificada. Esta sola sugerencia destruye el absurdo de "enseñar sin parecerlo", como si las audiciones fueran "comprimidos farmacéuticos destinados a los niños, y cuyo ingrediente amargo está prudentemente mezclado con chocolate

Para Silbermann la vulgarización musical es "una función de infraestructura sociopolítica de la institución que rige las interacciones de la vida social, las relaciones de los individuos con los grupos, de los grupos con las instituciones, de las instituciones con el conjunto de la sociedad y viceversa".

Es un ensayo social de la música imaginativo, documentado, sin fanatismo, como un sorbo de verdad sin contaminaciones políticas.

NATALIO GALAN

LA "A" DEL ABC

"La Agonía Antillana", de Luis Araquistain, publicado por Editorial Lex, es un pequeño volumen que al precio de $0.80, brinda las impresiones casi nunca ingenuas, de un viajero bien intencionado.

Sin duda, y a pesar de la aguda intención del autor se nota por momentos que éste estuvo en Cuba durante muy poco tiempo y evidentemente no siempre en muy buenas manos o ¿fueron esas manos buenas hace siete lustros? Ejemplo: al sentenciar que el Diario de la Marina luchaba con la invisible mordaza de una censura, y despistado en sus loas a figuras literarias.

Si se lee el texto íntegro del libro se comprende que Araquistain estuvo claro en sus apreciaciones sobre los males del Caribe, o mejor aún, el Mal, léase imperialismo norteamericano, aunque no tanto en el análisis de la frustración que reinó en Cuba después de la Guerra de Independencia, sofísticamente achacando la misma a la muerte de los héroes máximos, y no a la guerra del imperialismo.

Es positivo el libro? Sí. Es actual? Lo es.

La introducción acertada de Mariano Sánchez Roca y el prólogo del autor lo dicen todo, por ende, un tercer análisis es casi imposible.

Digamos que donde radica la vigencia del mismo es en sus capítulos dedicados a los Estados Unidos y el engranaje del Dólar.

Araquistain, con una visión digna de Ogwell, revela el espanto que emana para un hombre sensible, de un Estado Aparato y una Durocracia trituradora. Refiriéndose a la Estatua de la Libertad: "Hay que temblar ante la libertad convertida en estatua".

Sánchez Roca la califica como "una obra antológica" y agregamos que es bien atrevida si se considera que fue escrita hace siete lustros

Este tipo de literatura, sencillamente escrita, y al alcance de todos los lectores es muy necesaria, pues es imposible ignorar las limitaciones del lector o del futuro lector y un libro como éste por la atención revolucionaria que despierta entre muchos de nuestros conciudadanos que jamás leyeron, constituye la base de la cual se puede resbalar más adelante hacia otras literaturas, menos directas, pero igualmente valiosas.

Pedagógicamente, "La Agonía del Caribe" es la "A" del ABC de la literatura revolucionaria.

ARNALDO PEREZ



EL ESTADO Y LA REVOLUCION

La Imprenta Nacional acaba de imprimir en una edición al alcance de todos una de las obras fundamentales de V. I. Lenin, "El Estado y la Revolución". Escrita en la clandestinidad, entre agosto y septiembre de 1917, e interrumpida por la Revolución de Octubre, llegó a publicarse en forma de folleto en 1918.

Aunque la obra tiene como una de sus metas esenciales destruir las argumentaciones de los oportunistas —como Bernstein, Kautsky, Plejanov y otros— en torno al concepto socialista del Estado y de analizar con el mayor rigor científico las definiciones hechas por Marx y Engels del problema, vemos que Lenin ya se planteaba la necesidad urgentísima de sentar claramente las bases interpretativas de lo que debía ser el Estado transitorio del nuevo gobierno soviético. En una conferencia pronunciada en la universidad de "Sverdlov", el 11 de junio de 1919, (*Acerca del Estado,* en "Marx, Engels y el Marxismo" por V. I. Lenin, Ediciones Palomar, México, 1960), el gran líder revolucionario tiene en cuenta las críticas que ya se desencadenaban contra el nuevo Estado soviético por parte de las llamadas Repúblicas democráticas —como los Estados Unidos, Inglaterra y Suiza. Escribe entonces Lenin: "En nuestros días no existe ni uno solo de los periódicos más ricos de los países más ricos, que emplean decenas de millones para difundirlos y en decenas de millones de ejemplares siembran la mentira burguesa y la política imperialista, no existe ni uno solo de estos periódicos que no repita estos argumentos principales y acusaciones contra el bolchevismo, afirmando que los Estados Unidos, Inglaterra y Suiza son países progresistas, basados en el Poder popular, mientras que la República bolchevique es un Estado de bandidos que no conoce lo que es la libertad y que los bolcheviques son violadores de la idea del Poder popular e incluso llegaron a disolver la Constituyente... Estas acusaciones plantean ante nosotros, en toda su talla, el problema de lo que representa en sí el Estado".

Apoyándose en Marx y en la obra de Engels: "El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado", Lenin señala que el Estado es "producto y manifestación del *carácter irreconciliable* de las contradicciones de clase". Es decir que si existiese una conciliación de clases, lo cual es absurdo bajo el sistema capitalista, no habría necesidad del Estado moderno. Porque el Estado representa precisamente la violencia en cuanto es la máquina que hace posible la opresión de una clase (los explotadores) sobre otra más indefensa (los explotados). Así surge el Estado cuando aparece la división de clases. Primeramente con la esclavitud —en las sociedades primitivas no existe el Estado sino el clan o la familia patriarcal— en forma rudimentaria y más perfeccionado con el advenimiento de la servidumbre de gleba y el capitalismo moderno. Este Estado es la forma jurídica que sanciona la explotación y para ello se vale de la violencia —a través de la policía y el ejército— y del burocratismo. Así para mantener este poder público se hace necesario todo el aparato burocrático que con sus funcionarios cobran los impuestos y dictan las leyes que legitimizan la inmunidad de la sociedad explotadora. El mismo sufragio universal sirve como instrumento de dominación de la burguesía. Y todo este Estado —ya sea monárquico o democrático— descansa sobre la dominación por parte de una clase, de los medios de producción y de la riqueza de la nación.

¿Cuál será entonces la tarea de la revolución socialista? Lenin aclara bien este punto, tan tergiversado por los oportunistas de turno, refiriéndolo a la obra de Marx y Engels y a sus deducciones basadas en la experiencia de la Comuna. Primero, la supresión del estado burgués es imposible sin una revolución violenta. Esto implica la destrucción del estado burgués y el ani-

quilamiento de la máquina del Estado. Cuando el proletariado asume el poder y los medios de producción pasan a ser propiedad del estado, cesa la diferencia de clases y el estado mismo. Citando a Engels: "El gobierno sobre las personas será sustituído por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El estado no será abolido: se extinguirá", Lenin esboza la teoría de la transición del socialismo al comunismo. Pues en el estado socialista intermediario —el de la revolución en marcha— la dictadura del proletariado y del campesinado necesita el estado temporalmente. Esto es necesario para aplastar a los capitalistas, a la clase burguesa toda, y así Lenin nos dice que "Una revolución es indudablemente la cosa más autoritaria que existe; es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra por medio de fusiles, bayonetas y cañones..." En la lucha tremenda desarrollada por la revolución bolchevique para eliminar todo vestigio de la sociedad capitalista, se emplearon las armas desarrolladas por el Estado burgués para fines diferentes: la liberación de las clases oprimidas y la defensa del pueblo frente a las agresiones del enemigo exterior.

Pero Lenin aclara que en el desarrollo último del comunismo desaparecerá el Estado en sí. Para la destrucción final del Estado "es necesario convertir las funciones de la administración pública en operaciones de control y registro tan sencillas, que sean accesibles a la inmensa mayoría de la población, primero, y a toda ella, después". Al destruir el estado, y con ello toda violencia organizada contra los hombres y toda subordinación de unos hombres a otros, "los hombres *se habituarán* a observar las reglas elementales de la convivencia social *sin violencia y sin subordinación*". Y agrega Lenin que para subrayar este elemento de hábito es que Engels habla de una nueva generación que "educada en condiciones sociales nuevas y libres, puede deshacerse de todo ese traste viejo del estado". En esta sociedad nueva no habrá necesidad de una máquina especial de represión, pues el pueblo armado se encargará de los individuos que cometan excesos. Y estos excesos, que estriban en la explotación de las masas, desaparecerán gradualmente al suprimirse la causa fundamental.

Muy importante es el análisis que hace Lenin de la primera fase de la sociedad comunista en la que el principio de que "Quien no trabaja no come" es ya una realidad así como que "a igual cantidad de trabajo, igual cantidad de productos". Pero donde todavía existe el derecho burgués, que "da una cantidad igual de productos a hombres que no son iguales y por una cantidad desigual (desigual de hecho) de trabajo". Esto es uno de los factores por el cual persiste la necesidad del estado que tiene que velar sobre la propiedad común, sobre los medios de producción, la igualdad de trabajo y la distribución de los productos en partes iguales entre los trabajadores. Pero en la fase superior de la sociedad comunista en la que como dice Marx "haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y, con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital", entonces podrá acatarse el principio de que "De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades". Y, como agrega Lenin, cuando haya completa libertad, se habrá extinguido el estado. El estado podrá extinguirse por completo cuando la sociedad ponga en práctica la regla anterior y los "hombres estén ya tan habituados a observar las normas fundamentales de la convivencia y cuando su trabajo sea tan productivo, que trabajen voluntariamente *según su capacidad*". Este es el hermoso futuro que la sociedad comunista nos presenta y a la cual invita a meditar esta obra de Lenin.

JOSE RODRIGUEZ FEO

LOS AUTOSIQUITRILLADOS

De un tiempo a esta parte, ha surgido en Cuba un fenómeno peculiar que no tiene precedentes claros en nuestra historia revolucionaria, pero que no por ello deja de ser característico de las revoluciones sociales. En tanto no aparezca un calificativo más apropiado, dicho fenómeno podría provisionalmente denominarse "autosiquitrillamiento". Definir lo que es un siquitrillado no entraña dificultad, pero un "autosiquitrillado", ya es harina de otro costal. Conocemos a los siquitrillados porque habiendo sido gente copetuda, sus nombres solían alcanzar viva resonancia en nuestro medio antes de la Revolución. Entre nosotros son pocos a los que no les suena, siquiera un tanto, el nombre de Julio Lobo o el de la Condesa de Revilla Camargo, digna descendiente del esclarecido linaje de los Gómez Mena, para traer a colación no más que a dos de los numerosos apellidos rimbombantes que engalanaban la crónica social del Diario de la Marina todos los días "en el buen tiempo ido". Incluso a muchos de estos personajes se les conocía de vista, pues no pasaba semana sin que la oronda estampa física de algún gran señor del mundo de los altos negocios, o la mustia belleza realzada a base de cirugía plástica de alguna elegante dama de los más exclusivos círculos de la sociedad, agraciaran la sección de rotograbados de este diario.

Desde luego, que no todos los siquitrillados eran millonarios. Entre ellos los hubo que no pasaron de ser hombres de negocios de buena estrella, cuyos recursos financieros eran algo más que modestos y no siempre bien habidos. Pero sobre esta materia ni que decir que luce punto menos que imposible el poder establecer más allá de toda duda, ¿a partir de qué cifra de capital se es de la clase alta? Miembro de esta clase no se es tan sólo por el montante de bienes poseídos, sino también porque se está imbuído de una mentalidad específica y bien diferenciada. Pero dentro de lo que clásicamente se entiende por siquitrillado, ya trátese de un latifundista o hacendado millonario, de un colono acaudalado, de propietarios de inmuebles urbanos podridos en plata, de políticos y funcionarios venales que supieron hacer su agosto, de criminales de guerra enriquecidos (los depauperados que no lograron huir fueron "siquitrillados" delante de un pelotón de fusilamiento), de adinerados traficantes de narcóticos o de cortesanas y proxenetas mimados de la fortuna, no hubo entre ellos uno solo a quien las leyes revolucionarias vinieran a favorecer —sino, todo lo contrario, estas leyes hicieron de ellos lo que actualmente son, "siquitrillados".

Para el consabido siquitrillado todo está muy claro. En su fuero interno por fuerza debe de reconocer de que ha sucumbido ante la marcha arrolladora de una revolución que quiere el mayor bien para el mayor número de ciudadanos posibles—en el supuesto caso de que el excesivo rigor de los hechos no haya puesto el grueso de la colonia que ellos forman en el extranjero a la merced de la psiquiatría. Siendo así, no hay razón para pensar que el siquitrillado se debata en un arduo examen de conciencia. Como ente social no ha hecho más que reaccionar instintivamente contra un ataque frontal encaminado a socavar las instituciones que ayer posibilitaron aquel rango privilegiado de que gozara; y, desde luego, huelga decir que la reacción que en él se verifica guarda relación orgánica con la de la clase social a que pertenece o, en no pocos casos, ha dejado de pertenecer económicamente. En breves palabras, nada le debe a la Revolución excepto la pérdida irrevocable de sus prerrogativas.

Pero el "autosiquitrillado" constituye caso aparte. Objetivamente considerado, él sí que está en deuda con la Revolución. Se le ha proporcionado disfrutar anchamente del aumento verificado en el standard de vida general. Su ingreso es más alto que el promedio de ingreso per cápita que perciben las clases laboriosas. La Revolución, que vino a dignificar todo tipo de trabajo honrado, elevó su nivel salarial muy por encima de lo que era antes. ¿Por qué, entonces, —inquirirá un buen número de gente— existen "autosiquitrillados que buscan asilo en el "Norte revuelto y brutal"? Dijimos que en su inmensa mayoría el siquitrillado clásico pertenece a la clase alta, cuando no a los sectores más pudientes de la clase media, en caso de no ser criminal de guerra, político malversador (ya gobiernistas o ya partidario de la oposición "tolerada", por no decir mediatizada) o, simplemente, individuo de mal vivir. Los "autosiquitrillados", empero, tanto por rango social y económico como por mentalidad, son gentes perfectamente clasificables dentro de los varios estratos de que se compone la clase media. Los más de ellos, vale decir, reunen todas las características propias de los miembros pertenecientes a los estratos más humildes de dicha clase.

Hoy día, porque parece estar tocando su fin y haber completado su ciclo vital en cuanto a la generalidad de los casos se refiere, es procedente decir que en Cuba hubo un "proceso de siquitrillamiento" que se desarrolló en lo fundamental sobre lineamientos clasistas, sin nunca limitarse exclusivamente a los miembros de una sola clase social. En consecuencia, se puede dar por sentado que en la clase alta y media ha habido muchísimos más siquitrillados que en las clases laboriosas, donde el siquitrillamiento no podía revestir una forma económica debido a la sencilla razón de que estas clases siempre se hallaron desprovistas de bienes de fortuna; y que desde que la Revolución entrara en su fase de radicalización progresiva, —el punto de partida fue la dimisión presidencial de Urrutia— el lenguaje popular parece haberle otorgado al vocablo "siquitrillado" una connotación más bien económica, cuyo origen debe rastrearse a los efectos producidos por la creciente ola de nacionalización de diversas categorías de bienes muebles e inmuebles que antaño eran propiedad privada. En el pasado reciente esta ola parece haber alcanzado su altura máxima con la decretada ley de nacionalización de octubre pasado; y días antes, con la Ley de Reforma Urbana. Los ciudadanos poseedores de bienes de utilidad pública fueron privados, total o parcialmente, de su derecho de posesión y una gran proporción de ellos han recibido, o recibirán, algún tipo de resarcimiento otorgado por el Estado en atención a la pérdida de aquellos bienes privados que antaño detentaran con resultados perjudiciales para los intereses de la ciudadanía insolvente.

El "proceso de siquitrillamiento llegó a hacer tábula rasa en las esferas altas y medias de la sociedad, donde pululaban los elementos propietarios y rentistas. En sus zonas vitales, la economía quedó desembarazada de la "libre empresa". Pero unos especímenes remilgadamente escrupulosos, que merecen el calificativo de "aves raras" (debe hacerse la salvedad de que ellos representan casos atípicos dentro del estrato social a que pertenecen), con quienes la Revolución se había portado bien, reiniciaron el "proceso de siquitrillamiento", que esta vez no vino a constituir un arma esgrimida por la comunidad trabajadora a fin de sanear el conglomerado social de toda manifestación de parasitismo económico, sino que se verificó en el meollo calenturiento de un puñado de "Hamlets criollos" empeñados en el "autosiquitrillamiento". Como ya se ha dicho, tales gentes proceden de los estratos más humildes de la clase media. Son gentes desprovistas de patrimonio, de rentas o de gran posición social. En síntesis, gentes a quienes la Revolución vino a redimir de cuajo, porque ya no tendrían que

prosternarse ante el rico todopoderoso.

Una de lás características más sobresalientes de esta revolución es que habiendo siquitrillado a sectores sociales enteros (v. g., los latifundistas, los hacendados), ha dejado en pie, y relativamente ilesos, a casi todos los sectores de la clase media. Ello demuestra la utilidad social de esta clase. Ciertos sectores de ella, precisamente aquellos donde más abunda el "autosiquitrillado" (empleados públicos, de empresas nacionalizadas y de diversos giros comerciales, profesionales y técnicos de cortos recursos, periodistas, detallistas, etc.), están endeudados con la Revolución por los beneficios innegables que ella les ha reportado. Pero la causa de que el "autosiquitrillado" se empecine en atentar contra sus propios intereses reside en lo deformada que está su conciencia social, a resultas de la prepotencia que sobre su ánimo ejerce la ambición de llegar a cosechar méritos de cuenta, así como a labrarse un porvenir estable, ante todo mediante la mera posesión de dinero contante y sonante; y si no es ésta su pasión dominante, no con menos fuerza siente el anhelo de llegar a escalar una posición cimera, desde cuya altura podrá tiranizar a sus anchas e infundir una suerte de santo temor a los sumisos subalternos suyos que se afanan a su alrededor, que serán todas aquellas personas a quienes no les quede más remedio que sufrir resignadamente su trato humillante, sus desplantes de señorón inflado o su mal disimulada gazmoñería.

En resumidas cuentas, su ideal constante es imitar las formas de vida de la clase alta. Pues no faltaron "autosiquitrillados" que aspiraban a vestir ropa de primera calidad, a rodearse de muebles finos, a morar en viviendas lujosas, a concurrir a los más exquisitos espectáculos, todo lo cual estaba reservado en nuestro país para el disfrute exclusivo de la clase alta. Pero el destino, que en este caso equivale a la Revolución, vino a hacer sal y agua su delirio de grandeza, y el apego desmedido que estos señores sentían hacia el statu quo. El tal destino se empeñó en escarnecer y trastornar aquel orden de jerarquización social, aquella escala de valores que presta forma substancial a la contextura moral del "autosiquitrillado", y que además es la suma y compendio de todas sus convicciones.

Los factores señalados fueron los causantes del cataclismo que se desatara en su mundo interior, que a su vez precipitó el que él tomara conciencia de que debía de asumir una postura definida ante los acontecimientos. Por tanto, se sintió compelido a actuar a contrapelo de sus intereses materiales, pero acorde con lo que le dictaba su deformada conciencia del bien social, y no hizo más que cambiar la vaca por la chiva: Cuba por los Estados Unidos, país donde la mayoría de ellos se han visto obligados a realizar labores ínfimas so pena de no pasar hambre. Puede decirse que a ellos les sucedió lo que a Chacumbele, que él mismito se mató.

Debe hacerse hincapié en que el "proceso de siquitrillamiento" es el resultado lógico de la Reforma Agraria, de las leyes de nacionalización, de la Ley de Reforma Urbana y, en general, de cuanta medida de saneamiento de carácter vario ha puesto en vigor la Revolución. No se llega a ser siquitrillado simplemente porque la Revolución le haya cobrado ojeriza a este o a aquel sector social, como tampoco es lícito afirmar que se deviene en "autosiquitrillado" tan sólo debido a un desajuste moral con la tónica revolucionaria que en la actualidad informa la cosa pública. La Revolución no se propuso siquitrillar, sino que al transformar al país de manera drástica tuvo que incurrir en el siquitrillamiento automáticamente, llevada de la mano por esa ley inexorable (que es la de consumar toda obra emprendida) sin el cumplimiento de la cual ninguna revolución llena su cometido. Asimismo, tampoco al "autosiquitrillado" se le debe suponer entregado de lleno a un monólogo interior que gira alrededor de principios conflictivos, y de la especulación sobre la trabazón de intereses, propios de la Revolución y suyos en particular, que él no acaba de encuadrar en las justas perspectivas históricas que poseen. En él hay mucho de zorro ladino, de querer para sí los puestos de mando vacados por los siquitrillados. En el fondo, buena parte de su angustia se nutre de esto.

Decir que abandonaron su patria temiendo una invasión patrocinada por el imperialismo, o disgustados porque Cuba se zafara las amarraduras del Norte "democrático" y se hiciera amiga de países que realmente le profesan amistad, no es decir toda la verdad. Hay en el "autosiquitrillado" una palpable incapacidad para adaptarse a un medio donde la "libre empresa" agoniza. No concibe que pueda haber estímulo para la vida en una sociedad que vela más por el trabajo de los humildes (factor económico secundario, según su criterio) que por los intereses del inversionista privado, y que además no fomenta el favoritismo ni estimula la ambición del dinero y el lujo. El "autosiquitrillado" no tiene fe en la causa de los humildes, pero admira desmedidamente "el sistema norteamericano de vida". Cree que el "populacho" de allá, a diferencia del de acá, tiene voz y voto, porque pese a los turbios manejos de la politiquería corruptora de allá cada cierto tiempo se celebran elecciones, que pulcras o amañadas, u obedientes a las leyes intrínsecas de una sociedad en cuyo seno nunca dejan de prevalecer los intereses de una plutocracia carcomida por dentro, siempre son elecciones; y el hecho de que la mayoría de los altos cargos públicos estén en manos de "Misters" opulentos no tiene más importancia que la que se le quiera dar. Lo que principalmente cuenta para el "autosiquitrillado" es trasladarse allá cuanto antes; y ponerse a respirar, cuanto antes, aquel aire "libre" y "democrático".

ROGELIO LLOPIS

GEORGE BERNARD SHAW Y EL SOCIALISMO

Después de haber destruido el poder real por la fuerza bruta, y con disfraz de democracia, la aristocracia del dinero ha comprado y reducido a la nada esta democracia. El dinero es el que habla, el que imprime, el que radia, el que reina, y los reyes lo mismo que los jefes democráticos tienen que acatar sus decretos y aun, por extraña paradoja, que suministrar los fondos para sus empresas y garantizar sus utilidades.

Ya no se compra a la democracia: se la embauca. Ministros que son demócratas hasta la médula están tan indefensos en las garras de Roturas, S.A., la empresa gigantesca de mi obra de teatro, como sus reconocidos servidores y pseudo-consejeros. Desde el momento en que llegan a lo que, con no intencionada, ironía se llama el poder (que quiere decir el gobernar para los aristócratas del dinero), ya no se atreven a hablar de nacionalizar industria alguna, aunque sea socialmente de vital interés, desde el momento en que esta industria rinda algún céntimo a los ricos o sirva de pretexto para obtener una subvención en interés de la misma clase.

Tenemos que resolver dos problemas importantísimos e inseparables: el problema económico, para saber cómo hemos de producir y distribuir nuestras subsistencias, y el problema político, para saber cómo hemos de seleccionar a nuestros gobernantes e impedirles abusar de su autoridad en favor de sus propios intereses o los de su clase y religión.

La solución que en nuestra sociedad hemos dado al problema económico es el sistema capitalista que obra milagros en la producción, pero fracasa tan ridícula y desastrosamente en la repartición racional de sus productos o en la proporción de su producción respecto de la necesidad social, que siempre está quejándose de lo que paraliza su "superproducción" de cosas de las que millones de seres están careciendo.

Nuestra solución del problema político es el sufragio universal y el encubrimiento de los elegidos por él; expediente ideado en principio para impedir a los gobernantes ejercer la tiranía por el muy eficaz método de impedirles hacer cosa alguna, y así de dejarlo todo al cuidado de empresas particulares irresponsables.

Pero como las empresas privadas no quieren hacer nada que no sea provechoso a ellas mismas, y la existencia misma de la civilización depende de la ejecución rápida y desembarazada de obras que hacen innecesarias las de las empresas privadas y son no solamente provechosas, sino vitalmente necesarias al procomún, este freno puramente inhibitivo puesto a la tiranía ha venido a ser una estrangulación de la verdadera democracia. Su maquinaria del Parlamento y del sistema de partidos y de los ministerios, con tanto trabajo elaborada, es tan eficaz en cuanto a obstruccionismo que se necesitan treinta años, por los métodos constitucionales, para hacer una labor de treinta minutos, y estaremos ahora obligados a despachar atrasos de treinta años en treinta minutos con los métodos anticonstitucionales, a menos de votarse una ley de reforma que signifique una completa revolución en nuestro tinglado y compás general políticos.

Cuando vemos Parlamentos parecidos a los nuestros disueltos y arrojados a la calle por dictadores, lo mismo en repúblicas que en reinos, es necio esperar a que el dictador muera o caiga y entonces no hacer más que recoger los pobres fragmentos de aquel sistema y tratar de limpiarlos del lodo que los cubre. ¡Cuánto mejor fuera emprender el camino por el que la dictadura pudiera haber sido evitada, y construir con decisión y valentía un sistema político posibilitando una obra eficaz acelerada, en vez de una obra lenta e inútil, con el fin de responder a las necesidades del siglo XX en vez de empantanarse en el siglo XVI!

Todas las pseudodemocráticas piezas obstructivas de nuestra maquinaria política, deben, sin contemplación, ser arrojadas al montón de la chatarra, y el problema general de la gobernación ser acometido desde un punto de vista positivo, desde el cual una soberanía nacional puramente anárquica y disfrazada de autonomía no tenga significación alguna.

No terminaré sin advertiros que, después de que todo aquello sea un hecho, la civilización aún seguirá pendiente de las conciencias de gobernantes y gobernados. Nuestras disposiciones naturales podrán ser buenas, pero nos hemos criado muy mal y estamos llenos de ambiciones personales antisociales, prejuicios y perversidades. Más nos valdría que enseñáramos a nuestros hijos a ser mejores ciudadanos que nosotros.

Y dos palabras más sobre Roturas, S.A. Como socialista, que soy sé a qué atenerme y tengo una noción exactísima del mal causado por nuestro sistema capitalista, consistente en fomentar el despilfarro, la destrucción y la extenuación, para sacar mayor rendimiento al capital empleado. Las fábricas de armas prosperan por la guerra; las fábricas de vidrio tienen interés en que se rompan los cristales; los cirujanos no se aterran ante el contagio del cáncer; los fabricantes y expendedores de alcohol y de cerveza construyen catedrales para santificar los provechos de la embriaguez, y la prosperidad del rico empresario cuesta la privación de centenares de pobres Lázaros.

De **El carro de las manzanas.**
(Prólogo).

DECLARACION DE LA CONFERENCIA LATINOAMERICANA POR LA SOBERANIA NACIONAL, LA EMANCIPACION ECONOMICA Y LA PAZ

México, 8 de Marzo de 1961

Una nueva etapa de liberación ha empezado en América Latina. La lucha está planteada en términos de defensa de la soberanía nacional, la emancipación económica y la paz.

Esta lucha conglomera, día a día, todas las fuerzas patrióticas y democráticas contra los factores que impiden el total desarrollo y utilización del potencial humano y material de nuestros países.

Necesitamos terminar la situación de dependencia que hoy nos caracteriza, el violento contraste con el avance incontenible del proceso liberador, con las perspectivas que la ciencia y la técnica abren al hombre contemporáneo.

La fuerza fundamental que frena el desarrollo de América Latina es el imperialismo norteamericano. La estrecha alianza con las oligarquías nacionales y los ruinosos efectos de su penetración económica y cultural, los señalan como causa principal del estancamiento general que prevalece en la realidad latinoamericana.

La derrota del imperialismo es condición fundamental de cualquier plan de desarrollo para nuestros países.

Resuelta a ejercer alguna política independiente, sin otra meta que la de sus auténticos intereses y necesidades, América Latina exige pleno respeto a la autodeterminación de sus pueblos. Dicha política es la premisa indispensable de nuestra participación en el orden mundial en igualdad de condiciones.

Sin emancipación económica, no hay independencia política. Para conseguirla, necesitamos: reforma agraria integral y atención preferente a la población indígena, rescate de las riquezas nacionales hoy en poder de los monopolios extranjeros, impulso de las fuentes básicas de energía y de las industrias fundamentales y libre acceso a todos los mercados, asistencia técnica económica sin condiciones lesivas.

Nuestros países requieren transformaciones sustanciales de su estructura política, económica, social, para eliminar los alarmantes déficit actuales en los niveles de vida, superar el atraso técnico y estimular su cultura autóctona.

Rechazamos la Doctrina Monroe y la política de pretendida seguridad y defensa hemisférica que menoscaba nuestra soberanía. Oponemos al panamericanismo opresor, un latinoamericanismo que libere nuestras fuerzas productivas, amplíe nuestras posibilidades de desarrollo, fortalezca la solidaridad y cooperación entre nuestros pueblos y contribuya eficazmente a la paz en el hemisferio y en el mundo.

Las realizaciones de la Revolución Cubana, mostrando el camino para terminar con la dominación extranjera, sus aleccionadoras conquistas y consolidaciones,, entrañan una efectiva contribución a nuestra causa liberadora.

Al reafirmar enérgicamente que defenderán a Cuba contra toda agresión, los pueblos latinoamericanos saben que están defendiendo su propio destino.

El imperialismo norteamericano ha comprometido la América Latina en el terreno de la guerra fría. La imposición de pactos militares ha descargado sobre nuestros pueblos el peso del armamentismo y determinado limitaciones sobre nuestra soberanía y desarrollo económico.

Exigimos la denuncia de todos los pactos militares y la liquidación de todas las bases militares norteamericanas en América Latina

Contribuir a un acuerdo sobre desarme mundial, terminar con el colonialismo, poner fin a la guerra fría, asegurar la coexistencia pacífica entre pueblos y regímenes diferentes, son las premisas que garantizan la paz y la soberanía nacional.

La lucha por la independencia que moviliza a los pueblos es también la nuestra. El proceso latinoamericano de liberación es inseparable de la consolidación de la paz mundial.

La realización de estos propósitos es una necesidad impostergable, para lograr la libertad y el progreso que anhelamos. Para ello debemos unirnos. La estrecha cooperación y solidaridad entre todas las fuerzas democráticas de cada país y entre todos los pueblos latinoamericanos, nos permitirá alcanzar esos objetivos en un breve periodo histórico.

La comunidad de nuestros pueblos define claramente la dimensión continental de nuestra lucha.

No estamos solos. Nos respalda la fraternidad de los pueblos amantes de la libertad y de la paz. Pero la liberación que buscamos dependerá primordialmente de nuestros propios esfuerzos".

POR QUE LA UNION SOVIETICA VENCERA A LOS EE. UU. EN LA EMULACION ECONOMICA

La emulación de los dos mundos

Millones de personas son hoy testigos de la emulación histórica entre la URSS y los EE.UU. en el terreno del desarrollo económico. El pueblo soviético está cumpliendo con éxito la grandiosa tarea de garantizar a la población el nivel de vida más elevado del mundo. Como resultado del cumplimiento del plan septenal de desarrollo de la economía nacional (1959-1965), la Unión Soviética va a ocupar el primer lugar de Europa en la producción industrial por habitante. En el volumen absoluto de la producción de una serie de tipos importantísimos de la producción industrial la URSS sobrepasará, y en otros tipos se aproximará al nivel actual de la producción industrial de los Estados Unidos. En lo que a los tipos más importantes de la producción agrícola se refiere, para fines del septenio la URSS rebasará el nivel actual de los EE.UU. también en el volumen absoluto de la producción y en la producción por habitante.

LA OPINION DE LOS ECONOMISTAS

La mayoría de los economistas y estadistas occidentales que han comentado el septenio soviético han tenido que reconocer la realidad de sus tareas. La economía soviética se desarrolla mucho más rápidamente que la norteamericana. Es imposible discutir este hecho evidente, no se le puede pasar por alto al apreciar las perspectivas de la emulación económica entre la URSS y los EE.UU. Así, el jefe de la dirección del servicio de espionaje de los EE.UU., Allen Dulles, declaró en una sesión de la subcomisión de estadística económica adjunta a la comisión económica unificada del Congreso de los EE.UU.:

"Debemos reconocer honradamente los resultados muy desilusionadores del programa económico soviético y los éxitos asombrosos obtenidos en el último decenio... La experiencia nos enseña que los planes soviéticos de desarrollo industrial hay que tomarlos en serio... La URSS conseguirá éxitos considerables para 1965 en el cumplimiento de las tareas que ha asumido de alcanzar a los Estados Unidos".

El conocido experto norteamericano en economía soviética O. Haffding ha escrito en la revista *Foreign Affairs:*

"Con el actual ritmo comparativo de crecimiento, la industria soviética disminuye perseverantemente la brecha entre el volumen de su producción y el volumen de producción del principal competidor elegido por ella (los EE.UU...)"

QUE ES PRECISO TENER EN CUENTA

¿Cuáles son los factores que es preciso tener en cuenta para determinar los plazos en que la Unión Soviética podrá resolver la tarea señalada? Evidentemente, estos plazos dependen en primer lugar de la correspondencia actual del volumen de la producción industrial en la URSS y en los EE.UU., en segundo lugar, del ritmo relativo de crecimiento de la producción en estos países actualmente y en los próximos 8 ó 10 años, y, por último, del ritmo de crecimiento de la población en la URSS y en los Estados Unidos.

Según los cálculos de los economistas soviéticos, ahora el volumen de la producción industrial en la URSS constituye aproximadamente el 60 por ciento del volumen de la producción industrial de los EE.UU.

Remitámonos ahora al ritmo de crecimiento de la producción industrial en la URSS y en los EE.UU. Examinemos qué aspecto ofrece la perspectiva —fundamentada científicamente— de desarrollo de la economía de la Unión Soviética y de los Estados Unidos.

En el último sexenio (1954 1959) el promedio del ritmo anual de crecimiento de la producción industrial de la URSS ascendió al 11,3%, y el de los EE.UU., al 2,4%. En sus pronósticos para el futuro, los economistas soviéticos parten del hecho que el promedio del incremento anual de la producción industrial soviética en los años del septenio será del 8,6%, mientras que el ritmo correspondiente norteamericano permanecerá aproximadamente al nivel anterior. Estos pronósticos los confirma plenamente la vida. Durante los dos primeros años del septenio, la industria soviética aventaja en su desarrollo las tareas fijadas en el plan: en 1959, la producción industrial aumentó en más del 11%, en tanto que el plan preveía el 7.7% y en nueve meses de 1960 el crecimiento pasa del 10%. En lo que se refiere a los Estados Unidos, su situación económica no da fundamentos para suponer un aumento del ritmo actual de crecimiento. Aunque la economía de los EE.UU. ha salido de la depresión de la crisis de 1958, continúa, no obstante, atravesando serias dificultades. Baste decir que, incluso según datos oficiales, el número de desocupados totales en los EE.UU. asciende a 4 millones.

Con el ritmo de crecimiento existente, la correspondencia de los niveles de la producción in-

dustrial cambiará aproximadamente del siguiente modo:

PRODUCCION TOTAL

	URSS	*EE.UU.*
1958	57	100
1965	102	118
1966	111	121
1967	121	124
1968	131	127
1969	142	130
1970	154	133

Así, pues, en los años 1967-1968 (incluso si no se tiene en cuenta que la industria soviética sobrepasa su plan) la URSS rebasará el nivel de la producción industrial de los EE.UU., y dentro de 2 ó 3 años conseguirá la supremacía sobre los EE.UU. asimismo en la producción industrial por habitante.

LOS "SECRETOS" DE LA ECONOMIA SOVIETICA

¿En qué reside el "secreto" del elevado y constante ritmo de crecimiento de la economía soviética? Naturalmente, tiene gran significación la circunstancia de que la Unión Soviética dispone de un territorio enorme, una población muy numerosa y riquezas naturales inagotables. Mas, por sí mismas, estas condiciones no pueden asegurar un ritmo elevado de desarrollo. Con esas mismas premisas, la Rusia zarista se iba rezagando cada año más de los países capitalistas adelantados. A la economía soviética le son ajenas las contradicciones interiores, inherentes a la economía capitalista y que frenan su crecimiento (particularmente la propiedad capitalista y, de aquí, la anarquía de la producción, la competencia y las crisis de superproducción). El sistema socialista planificado de economía permite utilizar de la mejor manera los recursos materiales y laborales de la sociedad. El socialismo subordina la producción a los intereses de la satisfacción más plena de las demandas materiales y espirituales de los trabajadores, abriendo con ello posibilidades ilimitadas para el progreso técnico y la ampliación de la producción. El socialismo engendra los nuevos motores del desarrollo económico: el entusiasmo de trabajo y la iniciativa creadora de las masas.

Pues bien, el control sistemático de la economía, que ejerce el pueblo en interés propio: ésa es la clave del veloz desarrollo de la economía nacional, la prenda principal de la victoria de la Unión Soviética en la emulación económica con los EE.UU.

A. KOZLOV





ELECTRA GARRIGO

Para los que gustan de comparaciones históricas, "Electra Garrigó" fue para Cuba en 1948 algo así como la batalla del "Hernani" para Francia en 1830. No creo que exagero en lo más mínimo: salvando las diferencias de ambiente, de época y hasta de público, "Electra Garrigó representó para nuestra escena en el momento de su estreno por el grupo "Prometeo", una piedra de juicio, de escándalo y de estremecimiento para el teatro cubano. Había una diferencia tan radical entre lo que representaba Electra de Piñera desde todos los puntos de vista con el resto de la producción dramática del momento, eran tantos los caminos que la pieza inauguraba, era tal el choteo nacional con que el autor recreaba el mito griego, que no faltaron muchos que la calificaron de "un escupitajo al Olimpo". Ver esta tragedia trece años después de su primera creación, es contemplar todo lo que ha adelantado nuestro teatro nacional en ese mismo período.

Virgilio Piñera había escrito la pieza unos siete años antes de su estreno. Por aquel entonces una especie de maldición (que anotemos no se ha derrotado definitivamente hoy día) seguía a todos los que se lanzaron en la riesgosa aventura de escribir para la escena. Piñera había sido mordido, como él mismo lo anticipó, por "el bacilo griego", pero un bacilo que nos demuestra que ha pasado por Francia y se ha instalado incómodo en estas costas tropicales. Cuando Piñera toma como modelo "La Orestiada" de Esquilo, transforma el material original en una especie de lineamiento general en el que se mueve con entera libertad y logra un vaciado total de sus personajes, que en definitiva están muy lejos de los griegos pero no acaban de hallar una semilla cubana. Tanto su Electra Garrigó, como su Egisto Don, como su Clitemnestra Plá, como el resto de los personajes, son meras abstracciones que hablan un lenguaje alambicado y falso, estirado y retórico, poético pero lejano; hay momentos en que ellos descubren la trampa y se vuelven uno contra el otro asombrados: son los instantes en que la escena se llena de réplicas naturales y diarias. Cuando Electra abre la pieza con uno de esos monólogos estirados que el autor parece amar, el Pedagogo (un centauro) entra en escena y le pregunta: "¿Declamas?". Ya desde el mero inicio está establecido el ambiente y el tono de la pieza, una Electra que viene de Esquilo, de Sófocles y Eurípides al mismo tiempo, pero que ha pasado antes por Giraudaux y se siente en definitiva molesta de no habitar en el Olimpo y pasearse junto a un Egisto en guayabera.

Piñera ha calificado acertadamente a su pieza de una evasión de la realidad. Nunca antes un autor ha estado tan claro del destino de su pieza, de su significación. Electra evade nuestra realidad y se interna en su mundo interior encerrándose finalmente en él, huyendo de las inexistentes Erinnias. Ese mismo choteo que durante años y años ha sido el coeficiente de nuestra vida social como un escape a una realidad áspera y terrible, rige todo el tratamiento que Piñera ha dado a la tragedia: si O'Neill por ejemplo tomó muy en serio a los griegos, el cubano los acepta muy en broma como cuadra a la naturaleza y psicología de los creadores nuestros de hace varios años. Cualquiera que observe con detenimiento el resto de la producción teatral de Piñera (que "Ediciones R" acaba de publicar en un bello volumen) notará cómo Electra no fue más que un punto de partida y que el autor se ha ido acercando sensiblemente a nuestro mundo diario, dejando a un lado sus abstracciones y regodeando su material dramático de elementos más y más legítimos.

Eso fue todo lo que "Electra Garrigó" representó hace trece años. Vista a la altura de nuestra época, la tragedia puede resultar falsa, intelectualoide, rebuscada inúltimente, traída por los cabellos, pero al mismo tiempo, uno de los más formidables espectáculos que ha conocido nuestra escena. Es por eso que yo no dudo en calificar esta pieza como la más excelente de nuestras frustraciones dramáticas, una tragedia que es extraña a nuestra sensibilidad pero que al mismo tiempo completa uno de los instantes de más legítimo teatro que hemos tenido en Cuba en muchos años. Y para una dramaturgia incipiente como la nuestra, "Electra Garrigó" seguirá siendo durante muchos años lo mejor que puede mostrar el teatro cubano a la faz de los otros.

RINE R. LEAL



